La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 29 de septiembre de 1902 — Núm. 1.083

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

MARÍA ANTONIETA Y SUS HIJOS,

cuadro de Mme. Vigée-Lebrún, que se conserva en el Museo de Versailles

(c) Ministerio de Cultura 2006

SUMARIO

Texto. – *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. *Las nuevas salas de Versailles y el pequeño Trianón*, por Pedro Coll. – *El jamón del cónsul*, por Alejandro Larrubiera. – *¡Rechazado!*, por Rafael Ruiz López. – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Vía libre*, novela ilustrada (continuación). – *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Bilbao.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *María Antonieta y sus hijos*, cuadro de madame Vigée-Lebrún. – *Parque de Versailles. El estanque de Apolo.* – *Pequeño Trianón. El templo del Amor.* – *La casa del señor.* – *Cuarto de María Antonieta.* – *Mme. Sofía*, hija de Luis XV. – *Luisa de Lorena*, princesa de Turena. – *María Adelaida de Francia*, por Nattier. – *Mme. Boucher d'Orsay*, por J. Roux. – *La Primavera*, escultura de A. Drury. – *¡Rechazado!*, cuadro de F. Barraud. – *Cleopatra*, cuadro de B. Offor. – *Mañana de Otoño* cuadro de T. Mayán. – *Interior*, cuadro de A. Niemeyer. – *Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas*, relieve de S. Nicholson Babb. – *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Bilbao. Tribuna del Club Náutico.* – *Tribuna de la Sociedad Bilbaína.* – *Llegada de SS. MM. al palacio de la Diputación provincial.* – *Arco de la estatua de Diego López de Haro.* – *La Gran Vía durante la batalla de flores.* – *Visita de S. M. al nuevo hospital civil.* – *Un toro*, cuadro de E. Manet.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los boers en América: tentativas hechas para atraerlos como inmigrantes á la *República Argentina:* escasas probabilidades de conseguirlo. – El divorcio vencido en el Congreso Argentino. – *Bolivia:* situación del Acre: el ferrocarril del Madera-Mamoré. – *El Ecuador:* la Comisión geodésica francesa: las vías de comunicación: ferrocarriles en construcción y en proyecto. – *Nicaragua:* intentos revolucionarios y supuesta intervención de Colombia. – *Honduras:* la elección presidencial y las damas hondureñas.

Desde los días en que lord Roberts, con sus millares de hombres y centenares de cañones, pudo invadir el Orange y el Transvaal, muy pocos dudaron ya del total vencimiento de los boers, y suponiendo que no habrían de soportar el yugo inglés y que abandonarían el territorio en que habían vivido independientes, varios gobiernos de América, ávidos de ganar inmigración útil, pensaron en la conveniencia de atraérselos. Con inmigrantes de tal valía, no desprovistos de recursos propios, y maestros en las artes y trabajos de la labor de tierras y de la cría de ganados, seguramente podría darse extraordinario impulso á la colonización y población de América.

En Méjico y la Argentina principalmente se puso empeño en ofrecer terrenos á los boers, y aun se logró, por lo menos en la segunda de dichas repúblicas, que algunos comisionados de aquéllos fueran á estudiar las condiciones del país y de las tierras que podían entregárseles. Se concedía á los nuevos colonos un lote de 60 leguas cuadradas, y en julio último había esperanza de llevar á los territorios del Sur numerosa población surafricana.

Habían llegado tres boers, y uno de ellos llamado Baumann, persona de buena posición, recorrió á caballo durante 25 días gran extensión del país, y resolvió establecerse en el paraje que les había sido asignado y que se halla entre el puerto Comodoro Ribadavia y el puerto Malaspina, con 6 leguas de frente al mar por 10 de fondo hacia el interior. Esperábase la llegada de buen número de familias, la mayor parte de las cuales podían aportar un capital no menor de 10.000 pesos cada una.

¿Se hallan ya estas familias en América ó en camino del Nuevo Mundo? Lo ignoramos; pero no creemos aventurarnos mucho al afirmar que esa inmigración tan conveniente para la República Argentina no se realizará, al menos en las proporciones que se suponía.

Los boers no han sido vencidos. A raíz de uno de los mayores desastres que han sufrido los ingleses, la derrota y prisión de Methuen, extremaron éstos sus gestiones para conseguir la sumisión aparente de aquéllos, y con toda urgencia la pedían, pues les interesaba sobre manera obtenerla antes de los días señalados para la coronación del rey.

Sacrificaron los boers algo del amor propio nacional y de raza para lograr ventajas positivas mediante compromisos de que no hay noticia exacta y completa.

El tratado público satisfizo á medias al orgullo británico; las demás condiciones mediante las cuales los boers se decidieron á deponer las armas, hay que deducirlas de los hechos, y éstos nos dicen, por ejemplo, que los supuestos vencidos envían sus generales á Inglaterra en actitud tal, que no parece sino que han ido á recordar y á exigir al mismo monarca inglés el cumplimiento de los pactos convenidos, y con éxito tal que la cantidad prometida por la Gran Bretaña para reedificar las granjas que destruyeron sus soldados ó para indemnizar á los boers arruinados por la campaña, es decir, esa peregrina indemnización de guerra que el supuesto vencedor paga al vencido, casi se ha duplicado.

Podrán, pues, los boers restaurar en el propio país y con el oro inglés sus fuerzas económicas. Desde el punto de vista político quedan poco más ó menos como no ha muchos años estaban, independientes de hecho bajo la soberanía nominal del Rey de Inglaterra, y *además* podrán intervenir en los asuntos de la Colonia del Cabo, si se les da participación en los Consejos y gobierno de ésta, bajo el supuesto de que el Orange y el Transvaal son parte de los dominios ingleses del África del Sur.

Los boers han admitido estos supuestos para restablecer la paz. En la realidad, su prestigio y su influencia en África han ganado terreno; hay ahora experiencia más cabal y completa de lo que valen y pueden, y han de ser mucho más respetados y temidos que antes de la guerra.

En tales circunstancias, no es verosímil que emigren. ¡Siempre los ingleses funestos para la raza española! Demasiado positivistas, les ha faltado constancia y patriotismo para imponerse á los boers obligándoles á que se sometieran á discreción, y la América española pierde ese refuerzo, que tanto necesita, de colonos ricos, vigorosos y emprendedores (1).

***

La cuestión del divorcio en la Argentina se ha resuelto á favor de los antirreformistas. Muy apasionados los ánimos, casi por asalto entraba el público en el Congreso, ávido de escuchar todo cuanto se ha dicho en pro y en contra de la indisolubilidad del matrimonio. En la Cámara la opinión estaba muy dividida, y el resultado era dudoso: amigos y adversarios del divorcio extremaron sus esfuerzos para conseguir el triunfo; pronunciáronse buenos discursos, y cuando llegó el momento de votar, sólo por dos sufragios (50 contra 48) quedó desechado el proyecto.

***

En los primeros días de julio último salió de La Paz la cuarta expedición militar al Acre, á las órdenes del coronel Rosendo Rojas.

Esta noticia que nos traen los periódicos de América prueba que aún no está pacificado ese país. Los aventureros del Acre no aceptan de buen grado la autoridad de Bolivia, y han de aprovechar la primera ocasión que se les presente para suprimir la aduana que les estorba.

Para asegurar su dominación en esa zona central de América, el gobierno boliviano no sólo envía tropas, organiza una administración completa en toda clase de servicios y hace imprimir un periódico, *El Acre,* cuyo primer número declaraba que su propósito era dar á conocer esa región en el interior y el exterior, familiarizar á sus habitantes (casi todos de origen extranjero) con los hábitos nacionales, demostrarles la bondad de las leyes é instituciones de Bolivia, y en suma, *bolivianizar* el Acre.

Pero así en esta empresa como en la concesión del país á Sindicatos, Bolivia corre peligro de chocar con el Brasil. Son brasileños la mayor parte de los colonos que explotan las gomas del Acre, y no están bien determinados los confines entre ambas repúblicas por esa parte.

Pudiera en su día contribuir á la solución del probable conflicto el ferrocarril del Madera-Mamoré, proyectado por ingenieros brasileños, vía férrea que, abriendo á los productos de Bolivia fácil camino al Atlántico por la cuença del Amazonas, obligaría á los dos Estados á pactar alianza por mutuo interés.

***

La República del Ecuador, en cuyo territorio Bouguer, La Condamine y Godin midieron, en el siglo XVIII, el arco de meridiano ecuatorial, atrae de nuevo la atención del mundo científico.

Francia también ahora, por iniciativa de la Asociación geodésica internacional, acomete y renueva estos trabajos, á los que ya nos referimos en anterior *Revista* (2).

Geodestas franceses realizan en los mismos lugares operaciones análogas á las que cumplieron los sabios de aquel siglo; pero midiendo arco de mayor amplitud, y con aparatos y mediante procedimientos mucho más perfectos que los que hubieron de utilizarse hace 160 años. Hasta fines de 1904, probablemente, no se terminará tan importante tarea.

Entretanto, el jefe de la misión, comandante Bourgeois, no limitándose al cumplimiento estricto del encargo que recibió de su gobierno, estudia el país, y especialmente sus elementos de producción y riqueza, y comunica interesantes datos á las Sociedades y Revistas geográficas de Francia.

Expresa gran confianza en el porvenir de El Ecuador, cuya región interandina tiene excelentes condiciones de habitabilidad. El único obstáculo que se opone (como en la mayor parte de la América meridional) al progreso económico es la falta de vías de comunicación. Desde este punto de vista, El Ecuador, en 1902, se halla casi en el mismo estado que bajo la dominación española, es decir, en la época en que allí estuvieron los académicos franceses del siglo XVIII. El antiguo *camino real,* que atraviesa la república de N. á S., y un par de sendas que van desde Guayaquil hasta la meseta andina, constituyen toda la red de caminos por los que las provincias del interior pueden comunicar con la costa y, por consiguiente, con el resto del mundo.

De Guayaquil parte hacia la Cordillera un ramal de ferrocarril. Por éste ó por vía fluvial llegan las mercancías á Puente de Chimbo ó á Bobahoyo ó Bodegas; desde aquí, los arrieros se encargan de transportarlas á lomo de mulos hasta Quito. Y los tales arrieros son los árbitros del tráfico; bultos muy pesados ó de forma poco adecuada para cargarlos sobre las caballerías, no pasan. Nos cuenta Bourgeois que hace años está en Bobahoyo la caja desmontada de un landó destinado al presidente de la República.

Compréndese, pues, la gran importancia que tiene la construcción del ferrocarril proyectado entre Guayaquil y Quito. La primera parte, ya terminada, es el ramal que antes se citó, y se están construyendo los 90 kilómetros de vía que hay entre Chimbo y Guamote, en la meseta. La compañía concesionaria asegura que se concluirá esta segunda sección á fines de 1902.

Hay otro proyecto, la línea directa de Quito al Pacífico en la bahía de Caracas ó Caraquez por los valles de los ríos Imbana, Toachi y Chone. Bourgeois es partidario de esta línea, entre otras razones porque la patrocina la colonia francesa de El Ecuador. Tiene en contra la circunstancia muy atendible de que no hay puerto en la citada bahía, y sería preciso construirlo.

Lo indudable es que con la llegada del ferrocarril á la meseta, la República ecuatoriana tomará nueva fase económica, modificándose profundamente las condiciones de vida en ese país, pues se calcula que, aparte la rapidez de los viajes, mediante la vía férrea el precio de ciertos artículos de comercio bajará en la proporción de diez á uno.

***

Al gobierno colombiano tienden á hacer responsable los nicaragüenses de las tentativas de insurrección contra el presidente Zelaya. Los descontentos pudieron fletar un vapor para hacer desembarco en la costa oriental, en la zona de Blewfields; vencidos, tuvieron que rendirse, y casi todos los invasores quedaron prisioneros.

Aparte el auxilio que, según recelan los conservadores de Colombia, presta Nicaragua á los liberales en armas en aquella República, podría acaso darnos la clave de la intervención colombiana en esos movimientos revolucionarios de Nicaragua el propósito de debilitar á ésta para, en su día, insistir en los derechos históricos que alega Colombia á todo el litoral atlántico hasta el cabo de Gracias á Dios, como lo hizo constar en documentos que presentó al árbitro con motivo del litigio sobre límites con Costa Rica, no ha mucho resuelto por el presidente de la República francesa.

***

Los periódicos de Honduras revelan todo el interés que allí se pone en la campaña electoral para renovar la presidencia. Hasta las mujeres intervienen. La prensa publica largas listas de adhesiones á tal ó cual de los candidatos, y abre «Sección de Honor» para dar en ella puesto especial á las actas y manifestaciones que suscriben las damas hondureñas. Uno de los candidatos más favorecido por éstas es el Dr. D. Marco Aurelio Soto.

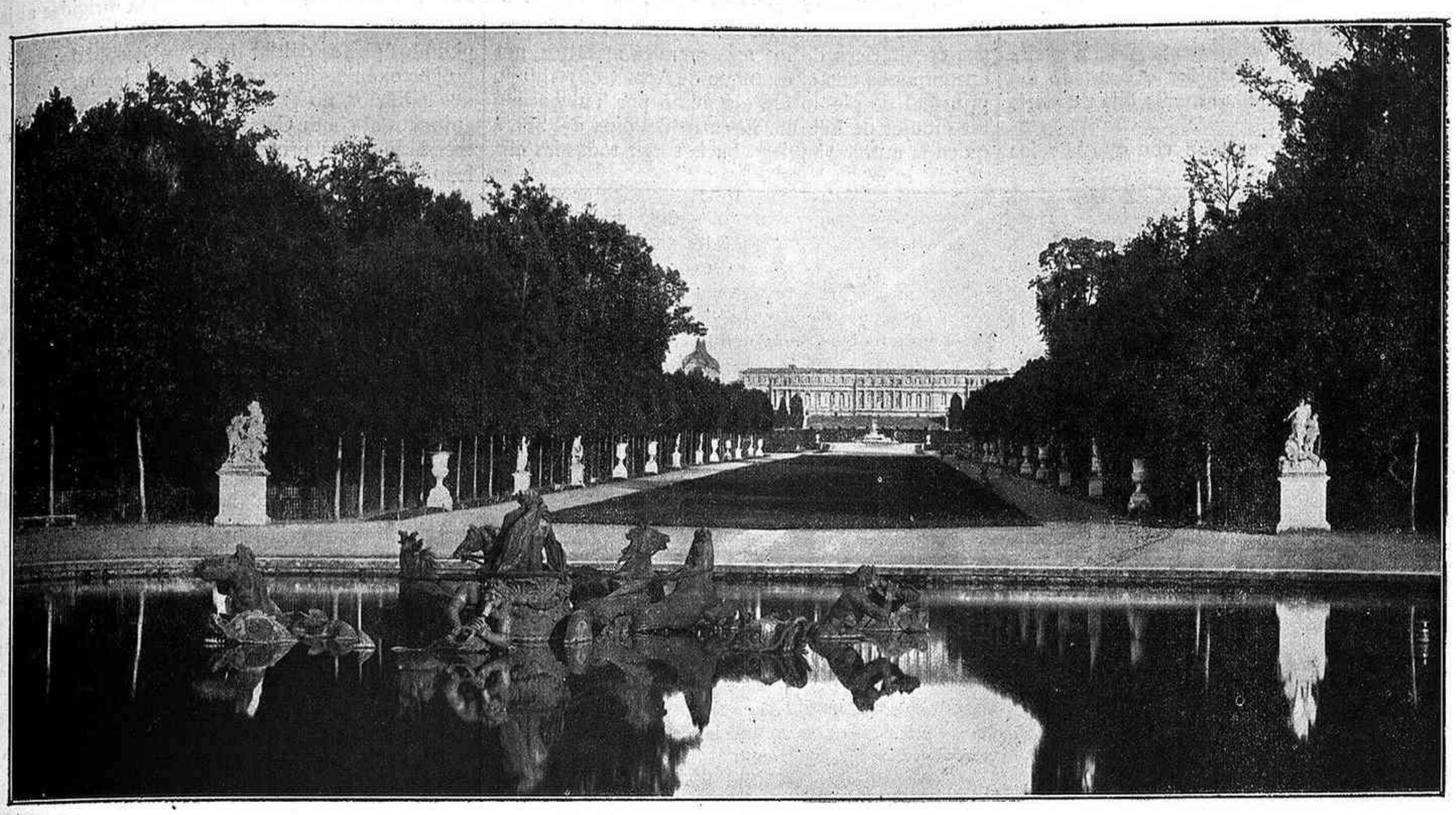
R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Compuesta ya esta *Revista*, que nos remitió el autor con fecha 19 del mes actual, ha publicado *El Imparcial* de Madrid del día 23 un artículo del Sr. Vera, en el que da cuenta éste de la conferencia que tuvo con el Dr. Reitz en Scheveningen. Las declaraciones del Sr. Reitz demuestran la exactitud de las apreciaciones y juicios del Sr. Beltrán Rózpide respecto de la paz anglo-boer y sus consecuencias. «La persistencia de nuestro núcleo nacional está asegurada...» «Los boers no piensan en emigrar en masa;» así afirma rotundamente el secretario del Estado del Transvaal.

N. de la R.

(2) En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA correspondiente al 17 de junio de 1901.

(c) Ministerio de Cultura 2006



PARQUE DE VERSAILLES. – EL ESTANQUE DE APOLO

LAS NUEVAS SALAS DE VERSAILLES

Y EL PEQUEÑO TRIANÓN

Cuando cree uno haber visto todas las bellezas de Versailles, resulta que al visitar de nuevo aquella residencia encuentra muchas en que antes no se fijara, ó abiertas puertas hasta entonces cerradas, y admira nuevas preciosidades de las que el rey Sol había acumulado en aquel palacio.

Las nuevas salas eran en tiempo de Luis XVI las habitaciones del Gran Delfín; más tarde fueron ocupadas por el regente Felipe de Orleáns, y después por el Delfín, hijo de Luis XV, para quien se arreglaron tal como están hoy, conforme al más puro estilo de aquella época, confiándose su instalación á los más célebres ebanistas, que las llenaron de obras de arte.

En el gran gabinete se admira la más hermosa colección que en el mundo existe de cuadros del famoso Nattier, el cual nació en 1685 y obtuvo, á la edad de quince años, su primer premio en la Academia.

Cuando pintaba, procuraba embellecer los retratos; mas, á pesar de esto, cuando se examinan sus pinturas no puede menos de admirarse su semblanza con los originales.

Mucho pintó y mucho dinero ganó Nattier, pues sus cuadros estuvieron muy en boga, pero con la misma facilidad con que lo ganaba lo gastaba. Su retrato de Mme. Adelaida, la hija de Luis XV, es una verdadera maravilla: el cabello empolvado contrasta con aquellos ojos negros que, sombreados por grandes pestañas, se destacan sobre el rostro blanco y sonrosado; y el traje de brocatel con el corpiño muy acentuado, todo cubierto de estrellas y pedrería, dan á este cuadro un aspecto encantador que halaga por mucho rato los ojos. La minuciosidad de los detalles del vestido no es la que hoy se observa en las obras de quienes no saben hacer otra cosa que labor de chino, por decirlo así, sino que en cada pliegue, en cada reflejo de la tornasolada tela se ve un admirable estudio de luz.

Otro tanto podemos decir del retrato de Mme. Sofía: de cara expresiva y bondadosa, con ojos azules y rubias pestañas, sin parecerse á su madre, la reina María Leczinska, tiene cierto aire de familia que cautiva; el vestido está tratado de un modo distinto que en el anterior retrato, los valores de la pintura aparecen más buscados y los detalles están hechos con precisión, pero algo más ligeramente y procurando imprimir en el conjunto un sello de modestia. En la misma actitud de la mano que recoge el velo, prendido en la frente con un grueso brillante, se ve el modo de ser reposado de aquella princesa que fué una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Las rosas de la guirnalda están pintadas con el cariño del hombre que no ve en ellas sino un detalle cuya tonalidad haga resaltar el matiz aterciopelado de la cara.

PEQUEÑO TRIANON. – EL TEMPLO DEL AMOR

El retrato de Luisa de Lorena, princesa de Turena, pintado por el mismo Nattier, es una muestra del tercer estilo de tan gran artista: en él ya no procura en manera alguna imponerse al público, ni pretende que todo el mundo vea en aquellas princesas de Francia la majestad de su linaje; su pincel obedece únicamente á la inspiración, y en el traje no aparece ya la profusión de detalles, imperando en todo él la sencillez. La mirada de la princesa de Turena, que ningún adorno lleva en la cabeza ni en el escote, viene á corroborar lo que el artista se propone, es decir, que sabe pintar damas ilustres sin apelar á otros recursos que á la reproducción de su belleza personal.

Otros cuadros podría citar de este maestro, como por ejemplo, el de Mme. Victoria y el de Josefina, de Sajonia, sencillos de composición y de factura, pero no son tan interesantes como los anteriormente mencionados.

En la sala contigua tiene Vanloo un retrato de Felipe V de España, que se impone desde el primer momento. Vanloo fué llamado á España por el nieto de Luis XIV, por recomendación del célebre pintor Rigaud, que no quiso moverse de Francia y que, conociendo lo mucho que aquél valía, no vaciló un instante en proponerle en su lugar. En Madrid impresionóle profundamente la solidez del arte de Velázquez, y enamorado de la escuela española, empapóse de ella, sin que por eso tratase nunca de ser un simple copista de la misma.

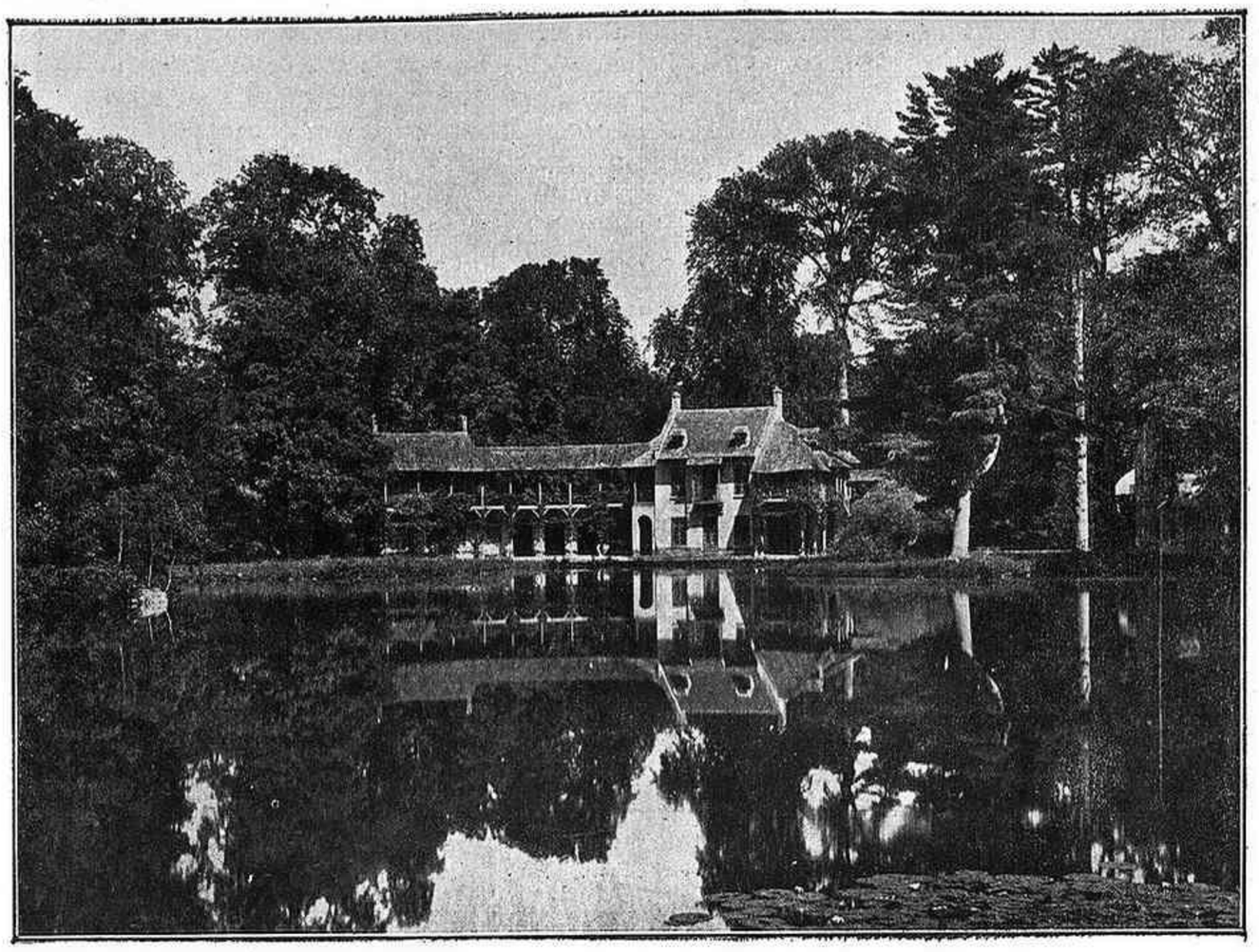
Al lado del retrato de Felipe V hay otro de madame Boucher d'Orsay, pintado por Raoux, que es una obra encantadora, sorprendiendo en él la sencillez, las delicadas tonalidades de las telas grises y la finura del rostro de aquella belleza del siglo XVIII. Juan Raoux era hijo de Montpellier, en donde nació en 1674; Felipe V quiso llevarlo á España, cuando ya era conocido como gran pintor; pero el artista no quiso aceptar la invitación por motivos de salud. Raoux pintaba en todos los retratos alegorías, substituyendo al natural gracias convencionales; de él puede decirse que fué el precursor de Boucher.

Recorriendo las habitaciones del Delfín, se pasa por el dormitorio, cuya chimenea con su marco es obra de Caffieri y representa á Flora y á Cupido; en el centro de la misma hay un mármol de Houdón. En la cámara del fondo se ve un cuadro que domina toda la sala y que atrae todas las miradas: representa á María Antonieta rodeada de sus hijos y es obra de Mme. Vigée-Lebrún. La figura de la reina, vestida con traje de terciopelo encarnado y teniendo en su falda á un infante vestido de blanco, es de un efecto altamente simpático y causa una impresión subyugadora, sobre todo para el que recuerda lo mucho que en aquellos mismos lugares gozó y padeció la infortunada soberana, de la que vive un recuerdo en cada árbol y en cada planta y

(c) Ministerio de Cultura 2006

sobre la cual cayeron todas las calumnias y villanías de una corte crapulosa, acostumbrada á todos los desórdenes y escándolos de los tiempos del Regente y de Luis XV, que no podían ser del agrado del bondadoso Luis XVI ni de la sencilla hija de María Teresa.

Los cortesanos no se avenían con que la reina



PEQUEÑO TRIANÓN. – La casa del señor

jugara á la campesina y á la jardinera; no, querían placeres más libres, y sobre todo lo bueno que allí se hacía caía la baba de la calumnia para decirle al pueblo que los reyes derrochaban su dinero, cuando todos los males eran hijos de las prodigalidades de la Pompadour y de la Du Barry.

Mme. Vigée-Lebrún pintó á la reina en todo el esplendor de su belleza, y no fué aquél su único retrato de María Antonieta, sino que de su pincel salieron otros muchos que se conservan en museos y galerías célebres. Esta artista era hija de un famoso é inteligente tratante en cuadros, y aprendió casi por sí sola las primeras nociones del arte; posteriormente, J. Vernet le dió consejos que le sirvieron de mucho. Su marido era jugador, y cuanto ella ganaba gastábalo él en mujeres de la peor calaña; de modo que al partir para la emigración, Mme. Vigée-Lebrún apenas tenía quinientos francos. Más adelante regresó á París, residiendo en el hotel Lubest, de la calle de Clery.

En la Academia Francesa ocupóse de ella Lahargue, quien en un discurso sobre el talento de las mujeres decía hablando de esta célebre artista:

Lebrun, de la beauté le peintre et le modèle,
Moderne Rosalba, mais plus brillante qu'elle,
Joint la voix de Favart au soucis de Vénus.

Un día estaba Mme. Vigée-Lebrún pintando el retrato del que fué más tarde Luis XVIII, el cual cantaba y desafinaba horrorosamente.

– ¿Cómo os parece que canto?, le preguntó éste.

– Como un príncipe, respondióle con mucha gracia.

Su salud se resintió de tanto trabajo, y como no salía casi nunca de su casa, comenzó á dar bailes, comidas y reuniones. Sus cenas artísticas eran objeto de grandes comentarios, y en sus conciertos cantaba Garat, acompañado por la dueña de la casa, y tocaban Viotti, Jarnowich, el príncipe de Prusia y Gretry. En aquellas fiestas artísticas reinaba la mayor modestia, por no decir miseria, habiéndose dado el caso de que muchos invitados hubieran de sentarse en el suelo por falta de sillas. Y sin embargo, el público y los que no estaban invitados la criticaban diciendo que derrochaba de una manera horrorosa: había quien decía que cada cena le costaba 20.000 francos; las gacetas de Prusia afirmaban que 40.000 y aun las de San Petersburgo aumentaban esta suma hasta 80.000, cuando ninguno de aquellos *banquetes* le costó nunca más de 100 libras.

***

No es posible ir á Versailles y ver el retrato de María Antonieta, sin que se sienta uno impulsado á visitar el Pequeño Trianón y el encantador *Hameau*.

Al salir del palacio, siguiendo la gran avenida en donde los jarrones de mármol alternan con los grupos escultóricos de los más grandes maestros, nos encontramos con el estanque de Apolo, cuyo grupo principal de plomo fué ejecutado por Tuby según los dibujos de Lebrún. El carro del dios del Sol, á quien la mitología griega hacía surgir todas las mañanas del Océano para iluminar la tierra y hundirse todas las noches entre las ondas, es una alegoría de Luis XIV, que se hacía llamar Rey Sol, y á quien los poetas y cortesanos comparaban con aquella divinidad. De aquel surtidor salen verdaderos ríos de agua con tal arte dispuestos, que hacen de este lago una de las maravillas de aquellos jardines.

Pasados el Gran Trianón y los jardines de la reina, nos encontramos en el Pequeño Trianón.

María Antonieta había sido siempre aficionada al arte de la jardinería, y cuando vió al duque de Chartres trazar el jardín de Monceau, según la moda inglesa, faltóle tiempo para imitarlo. «Desde hace muchos años – escribía á María Teresa el conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria en Francia – y cuando la señora archiduquesa era todavía delfina, deseaba mucho tener una casa de campo para ella sola y en este sentido había formado varios proyectos.»

El rey le regaló Trianón, y las flores del Jardín Botánico fueron transportadas á París, al Jardín de Plantas, en donde Bernardo de Jussieu las utilizó para sus *parterres*. María Antonieta dirigióse al jardinero Richard, que había visitado Inglaterra, y le pidió los planos del jardín por ella soñado; pero el proyecto, en el que se acumulaban los más disparados edificios, no gustó á la reina, la cual recurrió entonces al conde Caramán, que le había sido recomendado por la princesa de Beauvau. Tampoco se hizo todo lo que el conde propuso, aunque en principio se aceptó su pensamiento, y el arquitecto Mique trazó un nuevo plan.

Posteriormente, desde 1778 á 1782, los arquitectos construyeron parques y casitas pastoriles, y el escultor Deschamps edificó un templo con doce columnas corintias que sostienen una cúpula, debajo de la cual se cobija una estatua del Amor, modelada por Bouchardón en 1746. A su alrededor, los hermosos manzanos alternan con los rosales bola de nieve y con cajones de olorosas flores.

El belvedere, la gruta, los caminos que en graciosas curvas suben hasta las alturas, el lago lleno de peces y las góndolas de la reina con pabellón azul y blanco datan también de aquella época.

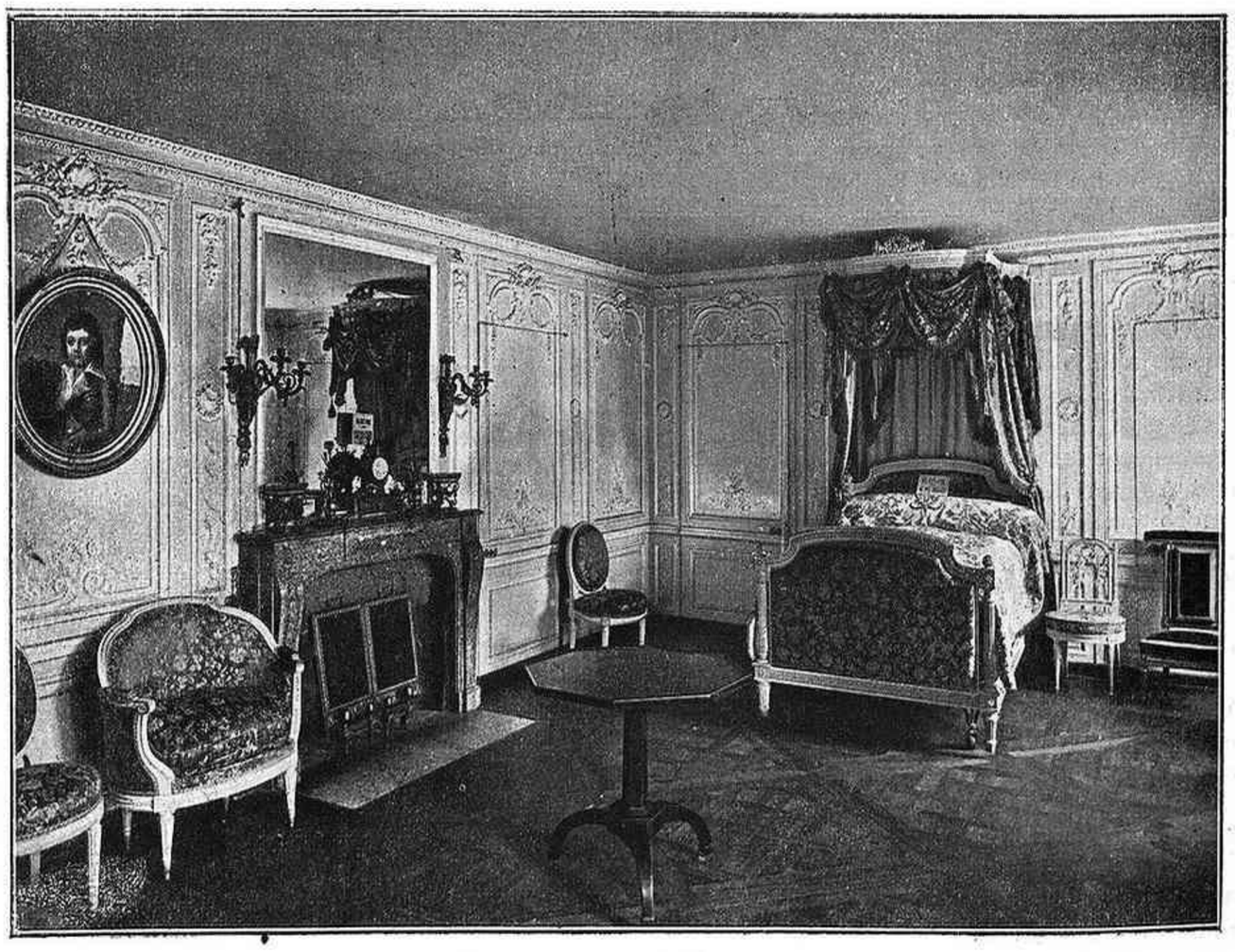
Inmediatamente concibe María Antonieta la idea de construir un *Hameau* (caserío) como el del príncipe Condé de Chantilly, y los trabajos comienzan en 1783: el proyecto consiste en rodear el lago de casitas rústicas, las cuales forman dos grupos, compuestos el uno por el molino, el tocador, el *manoir* ó casa de la reina y varios edificios para la servidumbre, y el otro por las casas del guarda y del jardinero, las granjas, gallinero y lechería.

En 1784 amuéblanse aquellas casitas; el agua es conducida al molino y mueve la muela; las fachadas se cubren en 1786 de vid silvestre; las ventanas se adornan con jarrones de loza; en los cuadros del huerto cercanos á las casas crecen las legumbres, y en el jardín inglés, con sus caprichosos meandros, con sus rocas, cascadas y riachuelos, prosperan árboles exóticos, de China, de Arabia, del Tirol, del Líbano.

A otro lado del parque hay un mirador rodeado de rosas, jazmines y mirtos, guardado por varias esfinges, embaldosado de mármol rosa y con las paredes estucadas: en este mirador hay una mesa con pie de bronce, en la que la reina almorzaba, contemplando desde allí sus dominios.

En aquel *Hameau*, el conde de Provenza hacía de maestro de escuela, el rey de molinero y la reina de lechera; era aquello un verdadero idilio de Florián puesto en acción. En 1785, la reina instaló en aquel caserío doce familias pobres.

La vida en aquella explotación rural era muy activa, viéndose ir y venir continuamente al colono



PEQUEÑO TRIANÓN. - Cuarto de María Antonieta

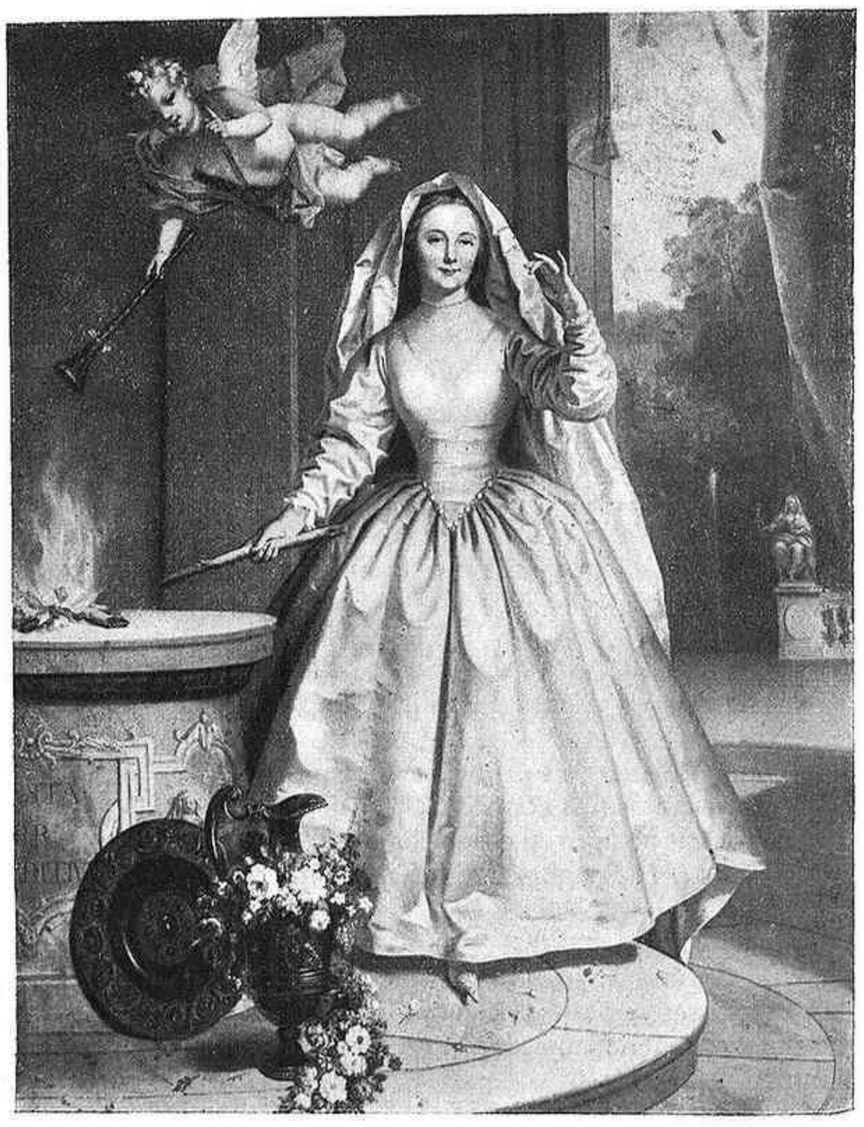
friburgués Valy, á los pastores, segadores, guardas, criadas, mozos de labranza, etc.; los rendimientos ascendían á 30.000 libras y los gastos á 36.000.

La reina gozaba allí de una existencia tranquila y modesta; vestía un sencillo traje adornado con encajes; llevaba en la cabeza una gorra de las llamadas *fanchon*, y se divertía recibiendo como forasteros al rey y á los cortesanos, éstos en número muy reducido y escogidos con gran escrupulosidad. Sólo

(c) Ministerio de Cultura 2006

Mme. Sophie.
hija de Luis XV, (1734-1782) por Nattier.

Luisa de Lorena.
princesa de Turena,
por Nattier.



Maria Adelaida
de Francia, por Nattier.

Mme. Boucher d' Orsay,
por J. Roux.

RETRATOS NOTABLES QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO DE VERSAILLES

(c) Ministerio de Cultura 2006

ella y sus más íntimas amigas eran las dueñas de aquel ameno lugar, y las supuestas funciones allí celebradas por el rey, el cardenal de Rohán y el duque de Artois son invenciones de novelista.

Después de recorrer el *Hameau* volví al Pequeño Trianón para contemplar una vez más la morada íntima de María Antonieta, que hacía en ella vida de familia, lejos de la gente y de la corte y rodeada de sus amigos y de sus hijos. Su cuarto es del más puro estilo Luis XVI; la cama tiene un dosel de gro de Tours, bordado á mano; las paredes son de madera esculpida por los mejores ebanistas de la época, y los muebles ostentan la firma de Gouthiere. Todo se conserva tal como estaba en tiempo de la infortunada soberana, y encima de la chimenea se ve todavía el reloj que en 5 de octubre de 1789 señaló la hora en que la reina abandonó aquellos lugares tan queridos y que no había de ver nunca más.

PEDRO COLL.

Versailles, septiembre de 1902.

EL JAMÓN DEL CÓNSUL

I

Si sois amigos de oir cuentos creados por la Musa popular – incorrecta acaso, pero siempre intencionada y pintoresca – prestadme atención.

Sin quitar punto ni coma voy á contaros el que yo oí de labios de una viejuca, en un cortijo andaluz, adonde me llevó el azar de la caza, una noche de invierno.

Habéis de saber, hijos míos, que cuando el señor San Pedro iba por el mundo predicando la buena nueva, entró cierta noche en una posada á descansar de su fatigoso viaje.

El posadero, que era, como todos los de aquel tiempo, un hereje de marca mayor, así que vió entrar por las puertas de su casa á un caminante tan pobretuco, puso cara de pocos amigos, y encarándose con el huésped le preguntó altanero:

– Buen hombre, ¿traes blanca?..

Y como callara el santo, gruñó:

– Porque si no hay de qué, puedes seguir adelante, que no están los tiempos para regalar cama ni cena al primero que asome las narices.

San Pedro, sin replicar palabra á semejantes groserías, registróse la túnica y sacó de ella una moneda de plata que con gran humildad entregó al posadero.

Este la recogió avaricioso, y tirándola contra una piedra del zaguán, satisfecho del son y del «salto,» dijo con dulzura hipócrita:

– Entra, señor, y honra con tu presencia esta casa, en la cual encontrarás cuanto de gusto se te antoje pedir.

– Con bien poco he de contentarme, replicó el santo: con una modesta colación satisfaré mi apetito; cama no he menester: dormiré en un banco.

Dicho esto, penetró en la cocina, en donde se encontraba la mujer del posadero y un hombre ya entrado en años y que por la facha parecía ser criado de algún señorón romano de aquellos que en tal época mandaban en todo el mundo.

– ¡Te digo que á mi marido es á quien debes entregar eso!, decía la mujer al hombre, señalándole á un hermosísimo jamón del propio Trevelez que se encontraba sobre la mesa.

– Y yo te digo, replicaba con gran flema el criado, que no basta que tú afirmes que tu marido es más juicioso que Minerva y más fiel que Orfeo... Júpiter con ser Júpiter..., pues...

– Bueno, bueno, dejemos á los diôses en paz: puedes preguntar á cuantos nos conocen...

– Difícil es encontrar testigos en casos como este.

– ¿De qué se trata?, intervino el posadero lleno de curiosidad.

– Has de saber, marido...

– Antes de que prosigas, permíteme que yo le hable á solas un momento, atajó el criado.

Y llevándose el posadero á un rincón de la cocina, le preguntó:

– Dime, amigo, por Juno nuestra madre, ¿después de casado te ha parecido alguna mujer más hermosa que la tuya?..

– ¡Ay, sí!, suspiró el interrogado.

– ¡Eso me dicen todos!, replicó gozoso el criado.

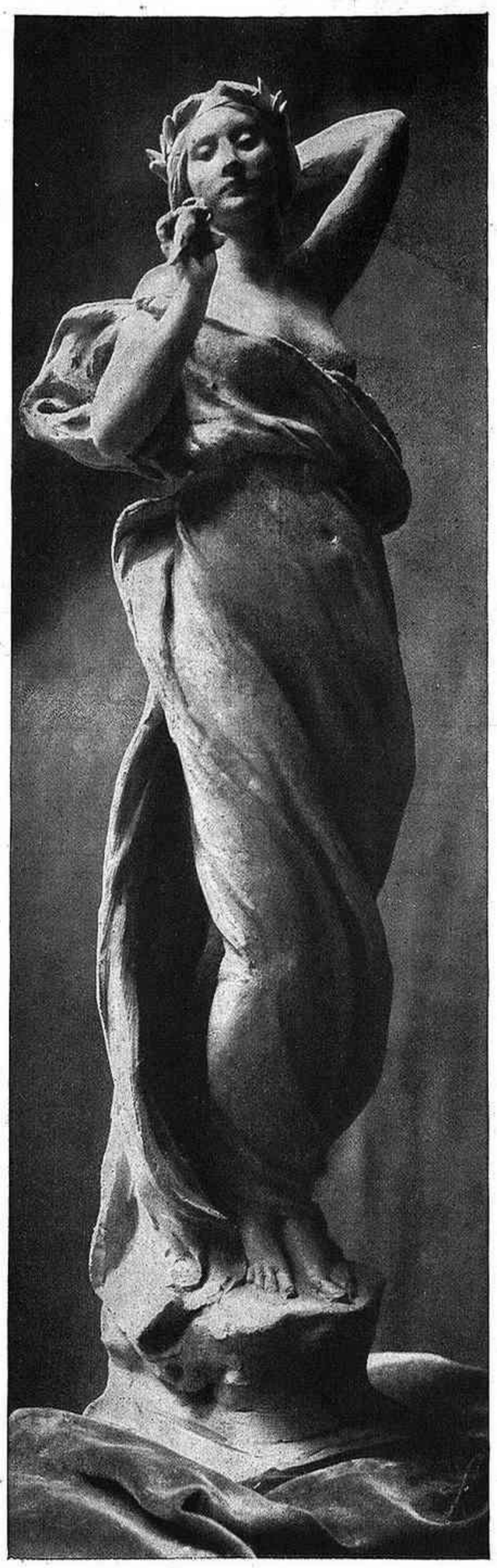
Y volviéndose hacia la posadera añadió con aire de chunga:

– ¿Ves como no puedo regalar el jamoncito á tu esposo?

La aludida miró con ojos de furia al posadero.

El del jamoncito, vista la perplejidad de los que allí estaban, prosiguió, mientras se sentaba en un taburete al lado del fuego:

– Desgracia grande es ser criado de un cónsul, y digo desgracia porque mi amo y señor es hombre dado á caprichos y rarezas por demás extravagantes. Y la que ahora me obliga á ir de mazo en calabazo por donde Mercurio quiera llevarme, es de las más peregrinas que puede ocurrírsele á un hombre tan sobrado de sestercios como de buen humor. Figuraos que de sus posesiones en la Iberia ha recibido una buena partida de estas sabrosas piezas (y el criado señaló al jamón que había sobre la mesa) y figuraos también que se le antoja regalar la más hermosa al casado que nunca haya sentido admira-



LA PRIMAVERA, escultura de A. Drury

ción por otra mujer que no sea la suya, es decir, que siempre le haya sido fiel en obras y pensamientos. Y aquí está Curcio el criado de su confianza visitando lugares y lugares á caza del prototipo de los maridos... Muchos días han pasado desde que salí de casa de mi amo y aún estoy con el jamoncito á cuestas.

– Y seguramente se te echará á perder sin que mortal alguno le hinque los dientes, afirmó con risa irónica el posadero.

La declaración de Curcio sirvió de tema aquella velada: la mujer, el marido y el servidor del cónsul afirmaban que era una locura buscar lo que no era posible se encontrase: el señor San Pedro, con su hermosísima fe, sostenía lo contrario que los gentiles.

El sueño vino á igualar todas las opiniones.

En la posada todo dormía aquella noche en dulce paz, excepto un gatazo rubio que se la pasó en vela rondando el rico jamón, sin que ¡ay! pudiera gustar su apetecida carne.

II

Al amanecer salieron juntos de la posada el señor San Pedro y Curcio con el jamón consabido al hombro.

Y fué el caso que hablando, hablando, aficionóse de tal modo el gentil á lo que le decía el santo, que llegó á suplicarle le aceptara en el número de sus adeptos.

Recibió el apóstol gran contento de la conversión, y al indicarle su nuevo discípulo que debían comerse el jamón, puesto que él no pensaba ya volver junto á su amo, le replicó:

– No podemos disponer de lo que no es nuestro: debes cumplir la palabra que diste á tu amigo de entregarlo al que él te designó.

– Pero ¿y si no le encontramos?..

– No dudes nunca de la virtud y de la bondad de los hombres: seguramente no ha de transcurrir mucho tiempo sin que hallemos un marido digno de ese regalo tan substancioso, objetó sonriente el señor San Pedro.

Pues, señor, que el jamón del cónsul fué una pesadilla para el pobre Curcio, que en ocasiones en que el hambre le apretaba tanto ó más que á su maestro, hubiera dado buen fin del de Trevelez, pero deteníanle las justas observaciones del santo varón á quien acompañaba.

Y pasaban días y días, y Curcio maravillábase de que el jamón se ofreciera cada vez más apetitoso, y el señor San Pedro de que no se encontrara un casado que mereciese el obsequio.

Así transcurrieron días, que sumaban meses, y meses, que componían años, y el jamón sin sufrir menoscabo alguno, siempre á hombros de Curcio.

Como sabéis, hijos míos, el bueno del señor San Pedro fué bárbaramente martirizado en Roma.

Y con él conquistó también Curcio la palma del martirio.

. . . . . .

Al llegar á este punto, interrumpióse la narradora y guardó silencio como si hubiera terminado el relato.

– Y del jamón, abuela, ¿qué fué?, hube de preguntarla curiosamente.

Sonrióse la aludida y acabó el cuento con estas palabras:

– Malas lenguas aseguran que aún lo conserva intacto en la portería del cielo el bueno de Curcio...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

¡RECHAZADO!

El trabajo fué ímprobo; el esfuerzo intelectual titánico. En inexpresable agitación pasó Alcácer seis meses, luchando desesperadamente para darle los últimos toques á su cuadro *Caridad;* aquel cuadro en que ponía toda su voluntad poderosa, toda su alma de artista joven. *Caridad* era la obra de sus esperanzas; indudablemente por ella, su nombre, ignorado hasta entonces, empezaría á figurar entre los de más prestigio... ¿Acaso no podía aspirar á tan alta gloria? Otros *llegaron* que tenían menos voluntad y sabían menos...

Julio Alcácer contaba veinticuatro años y llevaba un mundo de ilusiones en la cabeza, ilusiones entretejidas con laurel y oro. Si á esto se añade que Julio amaba intensamente, con cariño incomparable, á María, comprenderáse el empeño que ponía en el triunfo, con el que esperaba conseguir el laurel glorioso que ciñe la cabeza de los genios, las ardientes caricias del amor y el oro indispensable para hacer un nido, nidito modesto en el que al lado de María pudiera disfrutar de esa felicidad intensa que sólo puede encontrarse en los brazos débiles de la mujer amada.

En las soledades de su estudio, frente á aquel lienzo al que hubiera querido trasladar su alma entera, Alcácer trabajaba sin descanso. La figura principal del cuadro era una mujer, que simbolizaba la Caridad, de mirada piadosa y expresión angélica, y aquella mujer era semejante á María: alta, delgada, cimbreante, como las vírgenes con que sueñan los poetas, tipo espiritual de ojos verdes de náyade, rasgados y dulces.

De la mano de Alcácer brotaba vigorosamente la belleza; la composición del cuadro, al que sólo faltaban algunos toques, era admirable: una niña preciosa desarrapada, de rizada cabecita rubia cubierta de nieve, cuya blancura contrastaba valientemente con el acarminado color de sus mejillas; cerca de la niña un árbol, árbol que parecía representar la desnudez, las miserias y los dolores de la vida, con su color negruzco y sus ramas sin hojas, elevándose como brazos retorcidos por la desesperación que

(c) Ministerio de Cultura 2006

implorasen gracia al cielo. Aquel árbol, símbolo del eterno dolor, y aquella niña de color sonrosado, como la inocencia, habían sido trazados con acierto magistral y despertaban las ideas que habían animado al artista: el árbol hacía pensar en la muerte; aquel ángel de cabecita rubia, en la vida. Entre una y otro había de levantarse brillante y sonriente la Caridad; la Caridad, que tantas lágrimas enjuga y tantos dolores mitiga, sonriendo con dulzura infinita, ofreciendo un abrigo de pieles á la desarrapada criatura; mientras su cuerpo de náyade quedaba cubierto sólo por las vaporosas gasas de su vestido...

Y luchaba Alcácer con infinitas dificultades, casi invencibles. El cuadro, para ser lo que él soñaba, había de tener tres tonalidades distintas: una negruzca y obscura, como las ideas de desesperación y de muerte; otra gris y opaca, como las nostalgias de los angelitos transportados del cielo á la tierra, y por último, otra brillante y risueña, como la bendita Caridad, que acaricia bondadosa á los hombres...

Julio comprendía que la gran dificultad de su obra estaba en aquella unión; de los elementos pudiera haber hecho tres magníficos estudios, pero no se conformaba con esto; había que luchar hasta hacer de aquellos elementos un todo armónico.

Cuando tras horas de fiebre alejábase del caballete, andando hacia atrás lentamente, para ver mejor, un gesto de amargura plegaba sus labios. Aquello tenía en sí algo raro; las distintas tonalidades formaban un algo brusco, y en conjunto veía en su obra una dureza que hería cruelmente sus ojos delicados de artista.

La Exposición se acercaba, y los últimos días fueron de martirio inmenso para Alcácer... Quería triunfar; poder ofrecer á la delicada María, á más de su corazón apasionado, de su alma grande, una corona de laurel; anhelaba el triunfo por ella y para ella, y esto le quitaba el sueño, haciéndole pasar las noches desasosegado. Con afán inconcebible trabajó hasta el último día, hasta la última hora, y por fin, aunque no satisfecho del todo, cogió el cuadro y fué á entregarlo para someterlo al juicio de los encargados de admitirle. Mientras caminaba volvíase más optimista, acariciaba su obra con la imaginación y parecíale buena. Realmente, la niña, sonrosada como los sueños de poeta joven, era un prodigio y simbolizaba claramente el agridulce de la vida, en que los dolores se encadenan con las alegrías; el árbol, seco y sin hojas, despertaba ideas tristes, como los ancianos que llegan á la muerte sin dejar sobre la tierra frutos benditos de sabrosos amores; y luego la Caridad, alzándose entre una y otra gallarda, compasiva y bondadosa, semejante al alma misericordiosísima de Cristo que hubiera encarnado en aquel cuerpecito grácil y se asomase á aquellos ojos verdes de cariciosa náyade...

¡Oh, sí!; todo aquello estaba muy bien; Julio lo creía así, y yo te lo aseguro, lector amigo, y en esa creencia lo dejó, alejándose con el alma llena de esperanza.

María le recibió con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos. ¡Jesús, cuánto se alegraba de que hubiese llegado el momento de entregar el cuadro! En lo sucesivo iba á prohibirle trabajar de tal manera; se iba á matar; en pocos días se puso pálido como si acabase de salir de una enfermedad.

—No te apures; todos mis afanes, todos mis trabajos, me saben á poco, dijo él mirándola con amor infinito; y me saben á poco porque los dedico á ti, y tú mereces, no ya el sacrificio de un hombre, sino el de la humanidad entera.

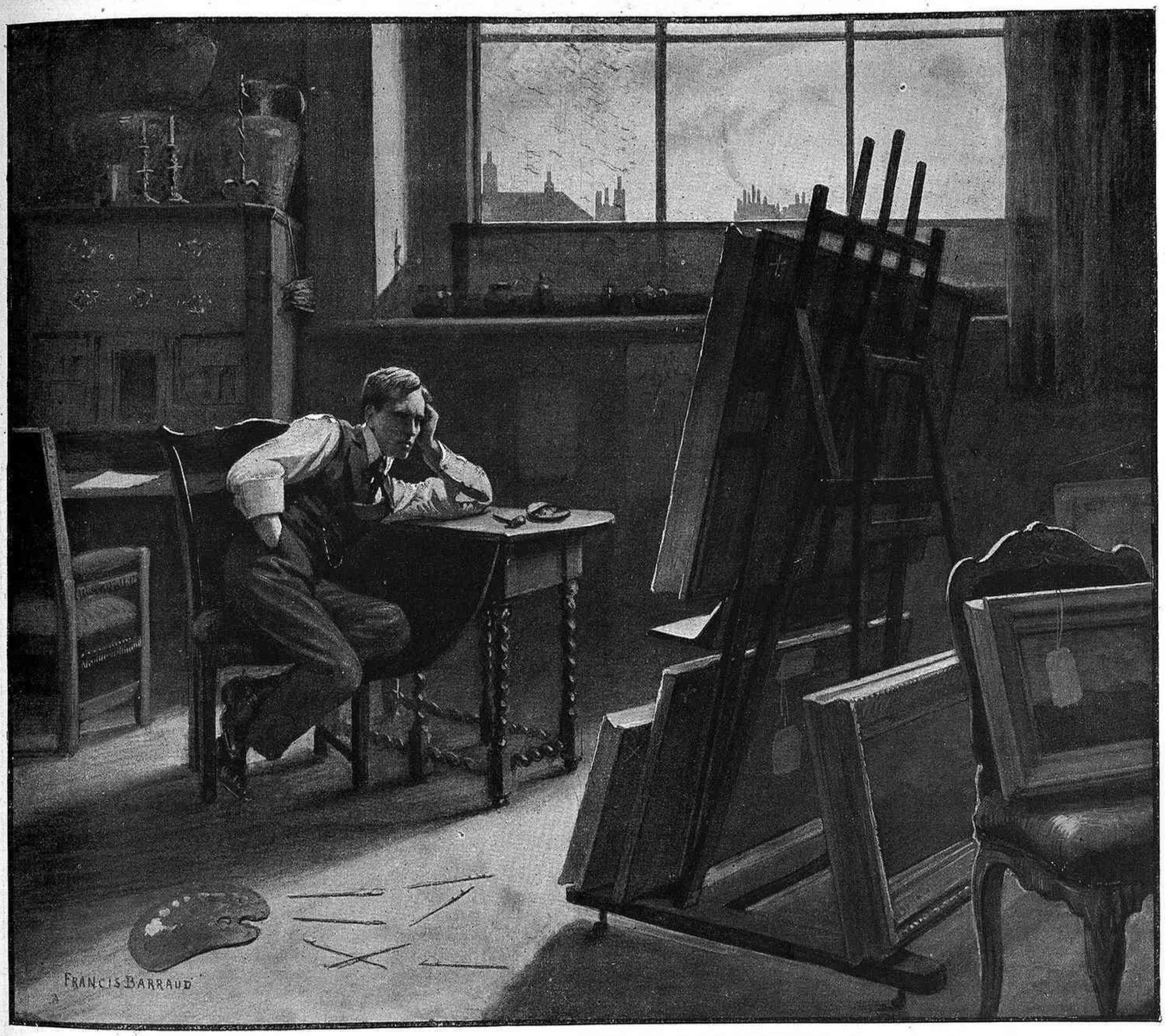
Bueno, bueno; pero había que ser más juicioso. Ella no había de quererle más por muchos lauros que consiguiera... Después continuó riñéndole, dulcemente, suavemente, como riñen las madres piadosas á los hijos que trabajan mucho, y luego se quejó: ¡No había visto el cuadro! ¡Ni un boceto de él siquiera! ¡Aquello no estaba bien hecho! No conocía del cuadro más que lo que él había querido decirle, y él ¡le había dicho tan poco!.. ¿Y tendría que esperar hasta que se abriera la Exposición?

Alcácer la escuchaba sonriente, disfrutando de una ventura de que no había disfrutado jamás.

Quedó convenido: María salía aquella tarde para el campo; pero el domingo irían ella y su madre al estudio, y allí lo revolverían todo hasta poderse formar idea, con apuntes y bocetos, de aquella obra que para ella sería magistral por ser de Alcácer...

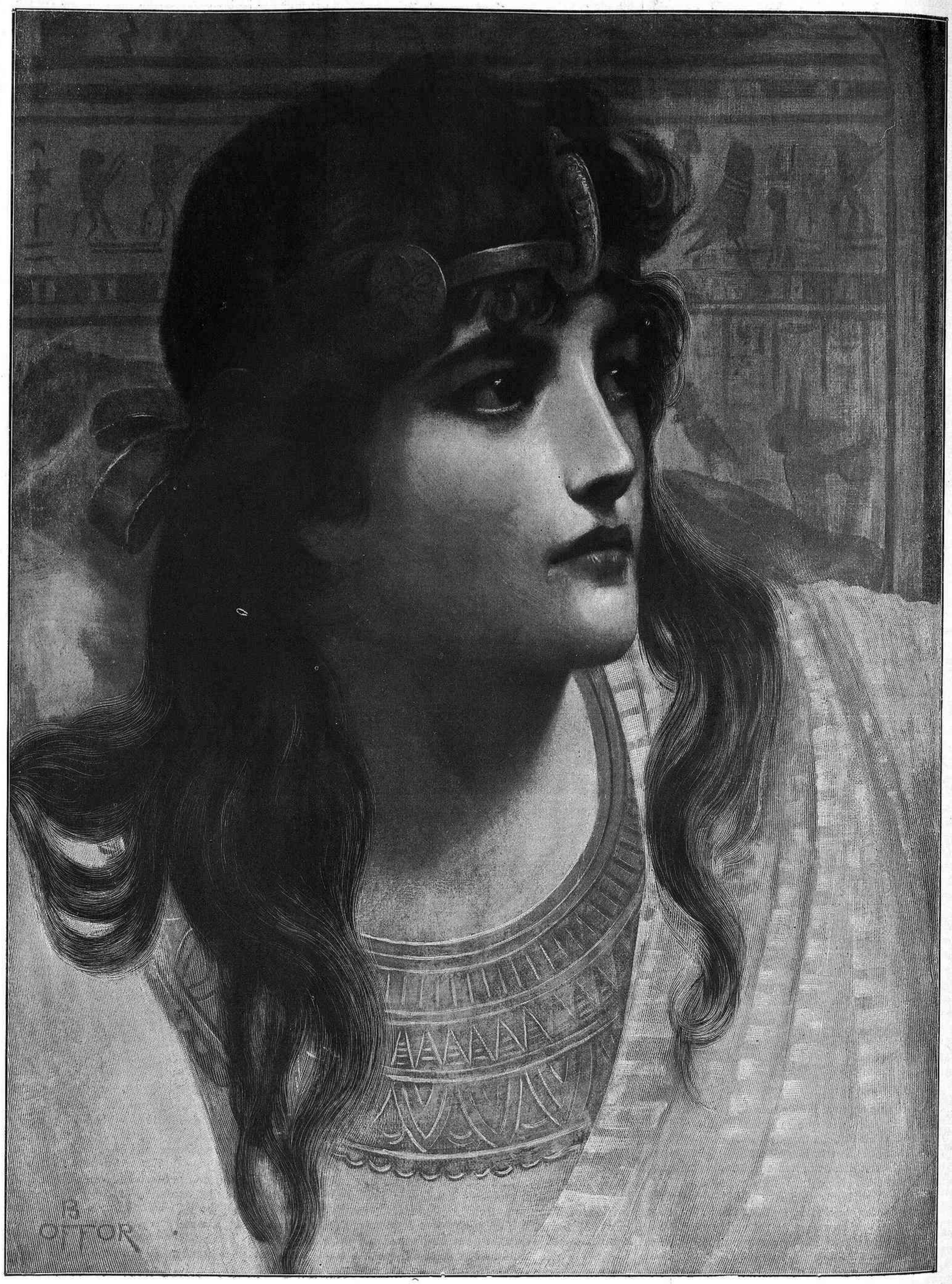
A las diez de la mañana del domingo, Julio, sentado ante el caballete, contemplaba con sombría expresión de desaliento su cuadro *Caridad,* que el Jurado rechazó, no creyéndolo digno de figurar en la Exposición. De lo alto caía sobre la frente del artista una luz suave iluminándola. Alcácer miraba su obra sin apartar de ella la vista, como fascinado. La fiebre que había experimentado al ejecutarla se apoderaba de él con intensidad de delirio.

Hubo momento en que creyó que las figuras se movían dirigiéndose á él amenazadoras al principio, burlonas más tarde, sarcásticas luego. Creyó ver las ramas del árbol, secas, nudosas, retorciéndose desesperadamente, alzarse al cielo airadas, para maldecir el nombre del artista que había sido causa de que rechazasen aquel árbol añoso, símbolo de la vejez desamparada; el ángel, aterido por el frío, perdía su color de nácar y rosa, poniéndose densamente pálido y abriendo los ojos desmesuradamente, como aterrorizado á la vista de Alcácer. En su agitación febril creyó ver también la *Caridad,* personificada en la adorable María, ocultando el abrigo y alejándose, volviendo la cabeza para mirarle despreciativamente.



¡RECHAZADO!, cuadro de Francisco Barraud. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López.)

(c) Ministerio de Cultura 2006



CLEOPATRA, cuadro de B. Offor

(c) Ministerio de Cultura 2006

MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de Teófilo Mayan

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Por la cabeza del pobre Julio desfilaba un mundo desordenado y caótico que le crispaba los nervios, produciéndole agudos dolores.

Todos sus sueños de gloria caían estrepitosamente, derrumbando á la par los castillos que días antes había levantado con su rica imaginación de soñador.

Lo que él creyó principio de gloria era casi principio de vergüenza y de vencimiento. ¡Oh, todo aquello era para volverse loco!

En tal situación se encontraba Julio cuando dieron unos golpecitos en la puerta, mientras una voz melodiosa y suave preguntaba:

–¿Se puede?

Era María, que no teniendo paciencia para aguardar contestación, penetró en el estudio con desenfado encantador, como ráfaga de alegría.

Alcácer procuró en vano reponerse; la presencia de ser tan adorado vino á recordarle su derrota, aumentando su tristeza.

–¡Oh, maravilloso, maravilloso! ¡Boceto admirable, premio seguro!

Se había adelantado y contemplaba el cuadro, sintiendo satisfecho su orgullo de mujer.

–María..., te engañas, gimió dolorosamente el artista; no habrá premio, porque ese no es el boceto, sino el cuadro, que han rechazado.

–¡Rechazado!

Quedó anonadada un momento. También ella tenía esperanzas en el triunfo y pensaba gozar de él. Pero fijándose en las arrugas de la frente de Alcácer, que le daban un aspecto sombrío, se sintió invadida por piedad infinita, y sonriendo alegremente dijo:

–¡Bah, no te apures; esos señores son unos mentecatos que no pueden sentir las grandezas del arte!

Y luego, con movimiento rápido, lleno de gracia, cogió entre sus manos la cabeza del artista, y besando su frente con pasión agregó:

–¡Yo te premio por este cuadro con primera medalla!

Y Julio sintió regocijada su alma, y pensó que hay derrotas que valen más que un triunfo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

NUESTROS GRABADOS

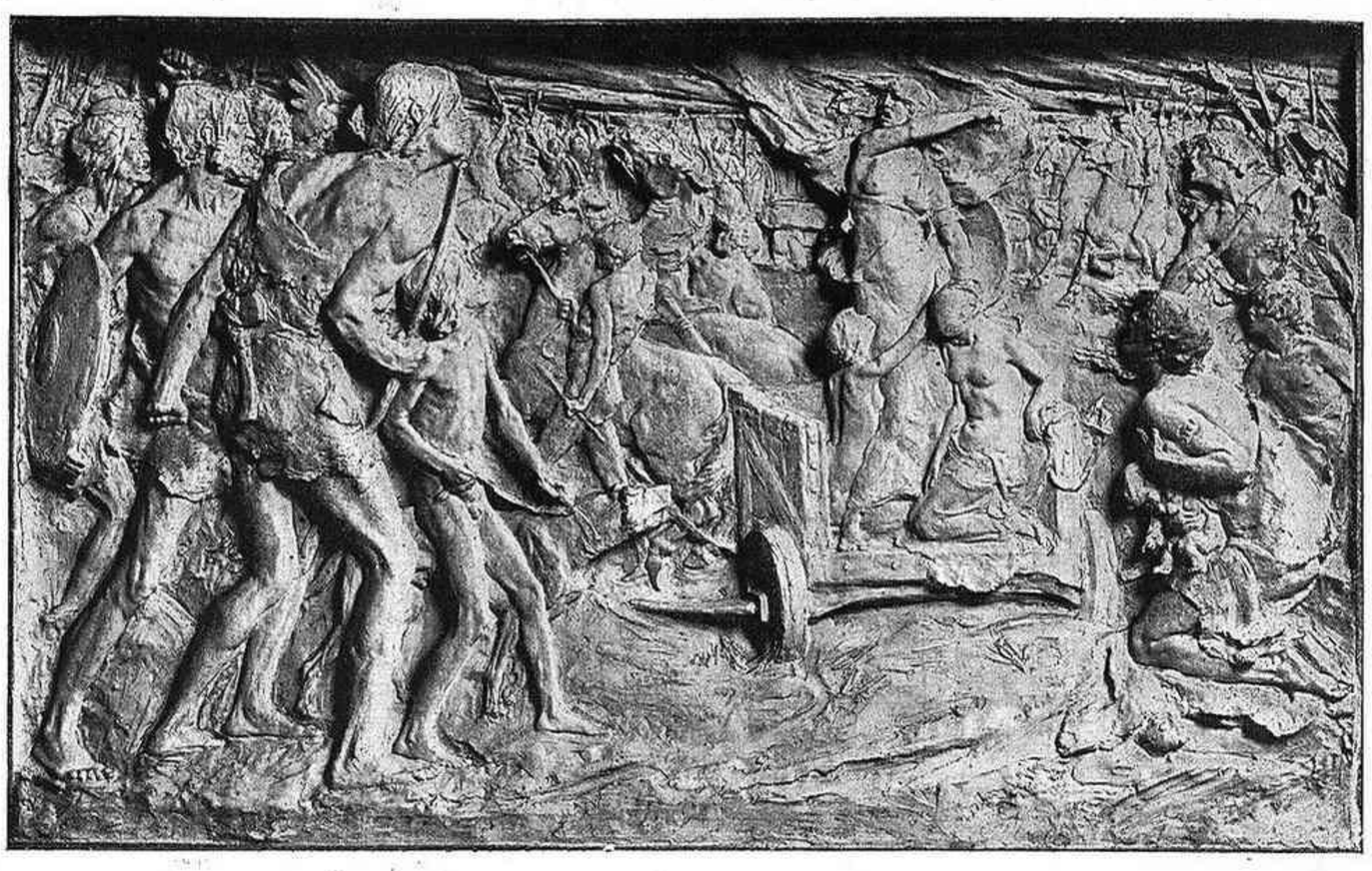
Interior, cuadro de Adalberto Niemeyer.– En cuadros como este del notable pintor muniquense, no hay que buscar el mérito en la habilidad con que el pintor ha sabido vencer las dificultades de composición, sino en el talento con que ha logrado dar al asunto tratado ese tono simpático

INTERIOR, cuadro de Adalberto Niemeyer

que tantos atractivos tiene para aquellos que en la obra de arte buscan, más que lo que obliga á pensar, lo que hace sentir. Bajo este concepto, Niemayer tiene verdadera personalidad artística, pues en la mayoría de sus producciones campea la misma intensidad de sentimiento que en el *Interior*, que adjunto reproducimos.

La Primavera, escultura de A. Drury.—Esta estatua del célebre escultor inglés Drury, miembro de la Real Academia de Londres, cautiva por la elegancia de líneas y por su perfecta ejecución; su belleza está, no en la grandiosidad, sino en su misma sencillez, en la naturalidad de la actitud, en la verdad de la expresión, en la delicada poesía que se desprende de esta figura y que tan bien responde á la idea que con ella ha querido representar el artista.

Cleopatra, cuadro de B. Offor.—Cuando se trata de trasladar al lienzo un personaje cuyos rasgos fisonómicos no hemos podido conocer directamente, preciso es mirar si la creación del artista responde á la idea que de ella nos hemos formado por lo que nos dice la historia acerca de sus condiciones físicas, de su carácter y de sus hechos. Aplicando este criterio á la obra de Offor, bien podemos afirmar que su Cleopatra es la misma que los historiadores nos pintan, la mujer hermosa y perversa que cautivó á César y á Marco Antonio, que envenenó á su hermano para apoderarse del trono, que, sin fe ni religión, ambiciosa y egoísta, no vaciló en violar templos y sepulcros, ni respetó las cosas sagradas ni profanas para aumentar con iniquidad sus adquisiciones; en una palabra, la mujer que, como han dicho algunos historiógrafos, tenía las formas de ángel y el alma de demonio.



BOADICEA EXCITANDO Á LOS BRETONES Á VENGAR EL ULTRAJE INFERIDO Á SUS HIJAS, relieve de S. Nicholson Babb

Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de S. Nicholson Babb.—En el número 1.080 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos el episodio histórico á que este relieve se refiere y que sirvió de tema este año para el concurso entre los alumnos de la clase de escultura de la Real Academia de Londres. En alabanza de la obra de S. Nicholson Babb, sólo diremos que fué premiada con medalla de oro y que su autor obtuvo la bolsa de viaje que en el concurso se disputaba.

Mañana de otoño, cuadro de Teófilo Mayán.—Para apreciar el valor de un cuadro, lo mejor es ver si la impresión que su contemplación produce en nuestro ánimo responde al pensamiento del autor, si la obra despierta en nosotros el sentimiento mismo que guió la mano del artista; en caso afirmativo, bien puede decirse que la pintura ha llenado cumplidamente su objeto. Esto es precisamente lo que sucede con el lienzo de Mayán: no es menester examinarlo con mucha atención para sentir la melancólica poesía del otoño, de esa estación en que la naturaleza, como cansada del esfuerzo de vitalidad que hiciera durante el verano, empieza á desprenderse de sus galas y se prepara al reposo del invierno.

Un toro, cuadro de Eduardo Manet.– El estilo de este cuadro está perfectamente ajustado al asunto: el toro, ese animal bravo, vigoroso, de noble é imponente aspecto, no puede ser pintado con trazos delicados y suaves matices; á su modo de ser corresponde una factura enérgica, sobria, hasta un tanto dura, si se quiere, tal como lo ha hecho el notable pintor francés Eduardo Manet.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – Bajo la dirección del reputado escenógrafo D. Salvador Alarma se ha inaugurado con el nombre de «Diorama animado» un espectáculo altamente artístico y en extremo interesante, constituído por cuatro cuadros corpóreos que representan un desfile de tropas boers en el Transvaal, un naufragio á la vista de un puerto, un buque en el fondo del mar y una corrida de toros. La perspectiva de cada cuadro resulta admirable y las numerosas figuras que en ellos intervienen están ejecutadas con una propiedad y una riqueza de detalles dignas de los mayores elogios, produciendo el conjunto una ilusión completa.

El local en que está instalado el diorama ofrece impresión muy agradable, así por la belleza de los adornos y por las delicadas tonalidades del decorado, como por la esplendidez de la iluminación.

Para anunciar el espectáculo se ha publicado un bonito cartel original del conocido artista Sr. Labarta, que es una obra notable por su composición, por la corrección del dibujo y por su colorido.

– El Excmo. Sr. Marqués de Alella, recientemente fallecido, ha legado al Museo Municipal de Barcelona su colección de pinturas, compuesta de 105 cuadros, entre los cuales hay tres de Madrazo, dos de Simón Gómez, cuatro de Pradilla, uno de Mas, tres de Urgell, dos de Van Beers, tres de Sala, nueve de Benlliure, dos de Carbonell, uno de Francés, cuatro de Miralles, uno de Morera, uno de Moragas, dos de Planella, uno de Ribera, dos de Lucas, uno de Battistuzzi, dos de Amell, cinco de Lizcano, uno de Serra, dos de Teixidor, uno de Urgellés, uno de Agrassot, uno de Galofre, y algunos más de Casals, Codina, Contreras, Sanz, Franco, Ferrándiz, Acosta, Denís, Giménez Gomar, Peiró, Perich, Ramírez, Rincón, Pérez Rubio, Reynés, Catabat, Cala, Sisteré, Castro, Olavide, Larrocha, Martín, Mani, etc.

Teatros. – *Barcelona.*—Han inaugurado la temporada de otoño los teatros Romea, Principal, Granvía, Novedades y Eldorado. En el primero actúa la notable compañía catalana de costumbre, que ha estrenado con muy buen éxito *La Gallarda del Roser*, bonito cuadro de costumbres catalanas en un acto del Sr. Bori y Fontestá. En el Principal la compañía que dirige la aplaudida actriz María A. Tubau de Palencia ha puesto en escena obras de repertorio. En la Granvía la eminente actriz italiana Sra. Vitaliani consigue muchos aplausos interpretando las principales producciones del repertorio antiguo y moderno. En Novedades se ha estrenado *El anillo mágico*, obra de gran espectáculo en tres actos y 21 cuadros, arreglada del francés por D. Joaquín Arqués, con música de los maestros Giménez y Cotó, que ha sido puesta en escena con gran lujo. En el Eldorado, donde funciona una compañía de zarzuela del llamado género chico, dirigida por D. Enrique Gil, se ha estrenado con regular éxito *La buena ventura*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, inspirada en *La gitanilla*, de Cervantes, letra de los Sres. López Ballesteros y Fernández Shaw y música de los maestros Vives y Guervós. En Novedades ha dado el «Orfeó Catalá» un concierto notable, como todos los que esta institución organiza; todas las piezas del programa, de Palestrina, Clavé, Pedrell, Nicolau, Millet, Comes, Mas y Serracant, Pujol, Montes y Grieg, fueron admirablemente ejecutadas y valieron sendas ovaciones al orfeón y á su genial director D. Luis Millet.

Necrología. – Ha fallecido:

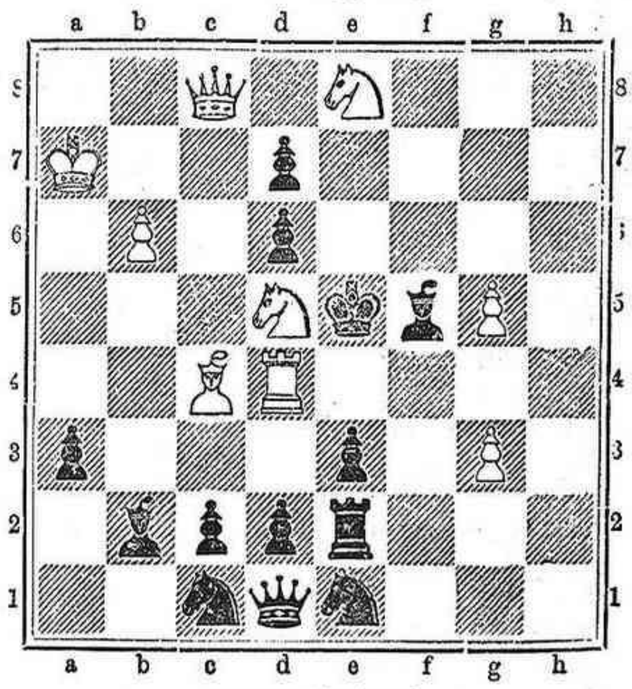
Leopoldo Schenk, célebre fisiólogo austriaco, profesor de la Universidad de Viena, autor de varias importantes obras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 296, POR E. PRADIGNAT.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección C.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 295, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. D d2—a5	1. b6 x a5
2. C d6—e4	2. Cualquiera.
3. P ó C mate.	

VARIANTES.

1..... A f1 x b5; 2. A b7—c8 jaque, etc.
1..... A c7 x d6; 2. D a5 x b6, etc.
1..... T b3—c3; 2. D a5 x c3, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. A b7—c8 jaque, etc.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Créeme, decía éste, Cecilia no está bien; dice que le duele mucho la cabeza, pero me ha prohibido que llame al doctor, y asegura que un par de horas de descanso absoluto bastarán para reponerla, sin necesidad de otra cosa. Y es el caso que no ha querido decirme dónde ha estado.

– ¿Y por eso estás tan exaltado?, exclamó Oscar riendo. – Ya te he dicho mil veces que nuestra princesita está viciada y es caprichosa, y cuando está de mal humor se echa en un sofá y pone mala cara á todo el mundo. Afortunadamente, estos accesos le duran poco. Tu padre querría que tú la corrigieras; pero déjale con su empeño, que no eres hombre para tal empresa. Lo que has de hacer es resignarte con santa paciencia y ejercitarte desde ahora para ser el marido modelo que serás sin duda alguna.

Enrique, aunque preocupado, observó algo anormal en el semblante de Oscar.

– Pero ¿qué te pasa, Oscar?, le dijo. Estás radiante de alegría. ¿Te ha sucedido algo bueno?

– ¿Quién sabe?, respondió Wildenrod con los ojos centelleantes, y quizás por esto me siento dispuesto á ayudarte; no quiero verte con este aire tan desesperado. Voy á ver á Cecilia, sobre quien tengo más ascendiente que tú, y le haré comprender que no es justo hacerte padecer desde ahora los dolores del matrimonio; más adelante tendrá derecho á ello, pero al presente no lo tiene. ¡Está alegre, hombre! No te apures así por un capricho de niña. Ya verás cómo Cecilia vendrá á comer alegre y satisfecha. Hasta luego.

Y subió la escalera saludando afablemente á Enrique, el cual le vió marchar moviendo la cabeza con expresión de asombro. Oscar, tan dichoso y animado, estaba desconocido. ¿Qué le habría ocurrido?

En el saloncito de Cecilia el barón fué recibido por la camarera de su hermana, que le dijo:

– La señora baronesa me ha prohibido terminantemente que entrase, y dice que no puede recibir á nadie.

– Esta orden no reza conmigo, Nanón, repuso Oscar bruscamente: quiero hablar con mi hermana; abra usted la puerta.

Nanón obedeció sin replicar, pues sabía perfectamente que tratándose del barón no había más que obedecer sin decir palabra.

Oscar entró directamente en el cuarto de su hermana, y se acercó al sofá donde ésta estaba tendida, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en los almohadones.

– ¿Qué tienes, Cecilia?, ¿estás de mal humor?, dijo en tono chancero. Has tratado á ese pobre Enrique de un modo tan indigno, que ha venido á quejarse á mí.

Cecilia no se movió; ni siquiera abrió los ojos. Oscar perdió la calma.

– ¿Quieres, al menos, hacerme el favor de mirarme? Además, te ruego...

Mas no pudo seguir: Cecilia se irguió de repente, y sentándose pausadamente mostró un semblante tan pálido y tan desencajado, que le inspiró miedo á su hermano.

Wildenrod, pálido, apretando los puños, quedóse mudo, inmóvil

– Tengo que hablarte, Oscar, dijo á media voz. Pero antes di á Nanón que se vaya del saloncito.

Oscar arrugó la frente, algo incomodado, pero sin sospechar que se tratase de cosa seria; por otra parte, estaba en buena disposición y por ende inclinado á tolerar algún capricho de su hermana. Así es que abrió la puerta, dió un encargo cualquiera á Nanón y volvió á situarse junto al sofá.

– ¿Se puede saber de qué se trata? ¿Dónde has estado toda la mañana?, ¿y por qué has salido tan temprano? El Sr. Dernburg se ha enterado con disgusto de tu salida, y me parece que no deberías ignorar que Odensberg no es sitio á propósito para estas aventuras.

Cecilia no se defendió; dijo únicamente:

– He estado en el Albenstein; y se puso en pie apoyándose en una silla.

– ¿En el Albenstein?, exclamó Oscar. ¡Qué temeridad! ¡Vaya una locura!

– No te preocupes de esto. Se trata de algo más grave... En el Albenstein me encontré con... el amigo de Enrique, que me ha dicho cosas... Oscar, ¿qué pasó entre ti y Runeck la primera vez que os visteis?

– Nada, respondió fríamente el barón. Puede ser que yo le viera aquella noche, pero de personas como él se olvida uno fácilmente: lo que sí te aseguro es que no le hablé é ignoraba que hubiese sido testigo de un suceso desagradable que ocurrió aquella noche.

– ¿Qué suceso?

– No es cosa que te interese, por esto sentiría que Runeck te hubiese hablado de ello. ¿Y qué te ha dicho?

La pregunta era indiferente, pero ¡con qué ansiedad fué formulada! El barón esperaba con impaciencia la respuesta.

– Creía que yo estaba enterada del asunto, y por esto no me hizo más que alusiones que yo, naturalmente, no comprendí, pero... ¡encerraban algo tremendo!

– ¿Cómo? ¿Se atrevió?..

– Sí, se atrevió á sospechar de tu honor; me llamó tu cómplice..., dice que conoce de tu vida más de lo que pueda satisfacerte, y hasta nos llamó... aventureros..., ¿lo oyes?, aventureros, exclamó retorciéndose las manos; pero tú le exigirás cuenta de sus insultos, nos vengarás...

Wildenrod, pálido, apretando los puños, quedóse mudo, inmóvil. Cecilia le miraba, esperando en vano una explosión de furor, de indignación...

– ¿Eso te ha dicho?, preguntó tranquilamente.

– Sí, te he repetido sus mismas palabras..., pero... ¿no dices nada?..

Wildenrod, que había recobrado su aplomo, se encogió de hombros irónicamente.

– ¿Qué quieres que diga? ¿Quisieras que tomase en serio estas locuras?

– ¿Estas locuras? Runeck estaba perfectamente lúcido y hablaba formalmente..., y si hasta ahora le faltan pruebas, dice que...

– ¡Ah! ¿Sí?, exclamó Oscar con acento de triunfo, dilatado el pecho por un profundo suspiro de satisfacción. ¡Pues que las busque esas pruebas! ¡No las encontrará!

Cecilia, apoyada en la silla, temblaba: aquel suspiro no había escapado á su atención, y ahora tenía clavados los ojos en su hermano, como si esperase la sentencia final.

– ¿No se te ocurre decir otra cosa cuando se ataca á tu honor? ¿No pedirás una reparación de esas ofensas?

– Esto es de mi incumbencia. Ese hombre corre de mi cuenta... ¿A ti qué te importa de todo ello?

– ¿Qué me importa que un hombre nos ofenda á mí y á ti mortalmente?, gritó Cecilia fuera de sí. Un hombre puede llamarnos aventureros, decir que Odensberg será nuestra presa, ¿y este hombre puede

(c) Ministerio de Cultura 2006

quedar impune? ¡Oscar! ¡Mírame frente á frente! Tú no *puedes* castigar á ese hombre; ¡tienes miedo á Runeck! ¡Oh, Dios mío!..

Y con un ademán desesperado se cubrió el rostro con las manos y estalló en violentos sollozos.

– ¡Cecilia!, exclamó Oscar en voz baja, pero con violencia. ¡Cecilia!, repitió cogiéndola por el brazo. ¡Sé razonable! ¿Estás loca? ¿Qué te ha sucedido de esta mañana acá?

– ¿Qué me ha sucedido?, repitió la joven con pasión. Que he despertado de un sueño; pero ¡qué horrible despertar, Dios mío! Escucha, Oscar; me has dicho siempre que habíamos perdido nuestra fortuna, y yo he sido bastante estúpida para no pensar nunca en preguntarte cómo hemos podido vivir tan en grande... ¿Cuándo la perdimos? ¿Por qué la perdimos? Ahora quiero saberlo.

Wildenrod la miraba fijamente con aire sombrío; aquel tono de amenaza era nuevo en Cecilia, nuevo como todo su modo de proceder. No era ya posible tratarla como una niña ó como una muchacha.

– ¿Quieres saber cuándo perdimos nuestra fortuna? ¿Quieres saberlo? Fué cuando se arruinó nuestra casa y nuestro padre... se suicidó.

– ¿Nuestro padre?, gritó la joven abriendo los ojos con expresión de terror. ¿Nuestro padre no murió... de un?...

– Así se le dijo á la gente; así te lo dijeron á ti que no tenías más que ocho años;... pero yo supe la verdad. Nuestra fortuna estaba perdida y nuestra ruina era sólo cuestión de unos días, y así pasó algún tiempo hasta que la ruina se consumó... y nuestro padre se pegó un tiro y nos dejó sin un céntimo.

Aquellas palabras eran despiadadas, pero impregnadas de un dolor amargo, vivo todavía después de doce años: aquel hombre aún sentía el tormento de aquel recuerdo cruel.

Cecilia no se desmayó, ni gritó, ni lloró: parecía que no tenía ya lágrimas que derramar, ni voz para hablar; así es que pudo murmurar apenas:

– ¿Y después?

– Y después... El honor de nuestro nombre se salvó gracias al soberano, quien rescató nuestros bienes, pagó á los acreedores y señaló una pensión á tu madre..., una limosna allí donde había sido señora, y yo... fuime por el mundo en busca de fortuna.

Cecilia se había dejado caer en la silla y ocultaba el rostro entre sus manos. Oscar se detuvo un instante, y luego añadió:

– ¿Sufres? Lo creo; pero entonces yo sufrí más que tú. No tenía la menor idea de nuestra situación y me vi de repente arrancado á una posición espléndida, privado de riquezas que creía seguras y enfrente de la pobreza, de la miseria... Tú no sabes lo que esto significa... Ofreciéronme empleos en provincias, en el ministerio de Correos, en el de Hacienda..., ¡á mí que había ambicionado ardientemente los puestos más elevados de la sociedad! No, comprendí en seguida que aquel trabajo me habría matado física y moralmente, y preferí guardar las apariencias... Presenté las dimisiones, que se creyeron voluntarias, como voluntaria se había creído la venta de nuestros bienes... y salí de Alemania.

Cecilia había dejado caer lentamente las manos y miraba á su hermano con expresión extraña.

– Y sin embargo, dijo, en estos tres años que hace que vivo contigo, hemos estado siempre rodeados del mayor lujo.

Wildenrod vaciló, no sabiendo qué responder á aquella observación, que sonaba en sus oídos más dura que un reproche, y procurando no encontrarse con la mirada de su hermana.

– ¡Qué importa esto, Cecilia! Para sostener esta posición he tenido que luchar; esto es lo único que puedo decirte; pero no quería renunciar á ella de ningún modo... y no he podido escoger los medios de sostenerla... Han sucedido cosas que mejor sería que no hubieran ocurrido..., pero se trataba de vencer ó de naufragar. ¡Basta!, añadió respirando con fuerza. Ahora todo esto esto pertenece al pasado...; tú eres la desposada de Enrique, y yo... he de comunicarte una buena noticia.

Mas no pudo comunicarla, porque en aquel momento llamaron suavemente á la puerta del saloncito, y se oyó la voz de Enrique que preguntaba:

– ¿Puedo entrar?

– ¿Enrique?..., no quiero verle..., murmuró Cecilia como fuera de sí.

– Al contrario; debes verle y hablarle, ordenó Oscar en voz baja. Siquiera por pocos minutos.

– ¡No, no, imposible! Dile que duermo, que estoy enferma; dile lo que quieras, pero ¡que no entre!

E hizo ademán de huir, pero su hermano la obligó á sentarse por fuerza, exclamando con alegre acento:

– ¡Entra, entra, Enrique! Hace ya media hora que estoy con la señorita.

– Me lo ha dicho Nanón, dijo Enrique en tono de queja, entrando en el salón. Cecilia, ¿por qué recibes á Oscar y á mí me tienes desterrado? Pero ¡Dios mío! ¡Qué pálida y descompuesta estás! Cecilia mía, dime qué te ha sucedido en esa excursión; ¡dímelo, yo te lo ruego!, exclamó cogiéndole las manos y fijando en ella una mirada suplicante.

Aquellas manos temblaban entre las suyas, pero los ojos permanecían clavados en el suelo y los labios mudos.

– Regáñala, Enrique, regáñala, porque lo merece. Hasta ahora la he estado riñendo. ¿Sabes dónde ha ido esta mañana?... Al Albenstein.

– ¡Oh, Dios mío, al Albenstein!, repitió Enrique aterrado. ¿Es cierto, Cecilia?

– Cierto, certísimo, dijo Oscar. Y naturalmente, al volver tuvo vértigos y llegó medio muerta, y ahora se siente desfallecida de cansancio y de susto. ¡Ya ves lo que ha hecho la señorita! Cuando regresó, dióle vergüenza confesártelo, y por esto no ha querido que llamaran al doctor.

– ¡Ah, Cecilia mía! ¿Por qué has hecho eso?, exclamó Enrique con acento cariñoso y dolorido. ¿No has pensado en mi terror, en la desesperación que de mí se habría apoderado si te hubiese sucedido alguna desgracia? Creí que lo que el otro día dijiste hablando con Egberto y conmigo era una broma..., pero ¿qué tienes, Cecilia?

Al oir el nombre de Egberto, la joven prorrumpió en un sollozo y una ola de lágrimas inundó sus ojos, mientras sus temblorosos labios murmuraban:

– ¡Perdóname, Enrique, perdóname!

Enrique, que no había visto nunca llorar á su novia ni nunca la había oido pedir perdón, arrodillóse delante de ella conmovido, agitado, y besándole dulcemente las manos le dijo:

– Mi Cecilia adorada, no te riño, no; sólo te ruego y te suplico que pienses en mí antes de exponerte otra vez á semejantes peligros. Me lo prometes, ¿no es verdad? Y ahora...

– Ahora dejémosla descansar, dijo Wildenrod levantando del suelo á su cuñado. Ya ves que lo necesita. Cecilia, procura dormir algunas horas; es el único remedio que te conviene. Vamos, Enrique.

Enrique obedeció de mala gana; mas no se atrevió á rebelarse, porque también la joven le pedía que la dejara. Oscar le acompañó hasta la escalera, entrando luego en su propia habitación; pero cuando dejó de oir los pasos de Enrique, volvió al cuarto de su hermana, cuya puerta cerró con llave.

– Ha sido una suerte que estuviera yo aquí, dijo en voz baja. No sabes dominarte, ni cómo conducirte; confesar tu excursión era el único recurso que te quedaba. Pero ahora es preciso conjurar otro peligro. Runeck, sin pruebas, no se atreverá á hacer nada contra nosotros, y mientras tanto, se preparan acontecimientos que han de producir una ruptura entre él y Dernburg. De aquí á entonces..., ¡oh! he triunfado en circunstancias más graves, terminó diciendo aquel hombre acostumbrado á jugárselo todo en una carta y á ganar.

Cecilia, de pie, miraba á su hermano con expresión extraña.

– ¿De aquí á entonces?, repitió. Es que entonces no estaremos ya en Odensberg. ¡No atices el fuego, Oscar! Yo no quiero saber lo que me ocultas; me basta con lo que me has dicho. Quieres conjurar el peligro con que Runeck te amenaza..., luego Runeck no ha mentido, Runeck puede acusarte... ¡No somos personas honradas! En tal caso, no quiero ser la aventurera que se insinúa bajo falsas apariencias entre los hombres decentes, para ser luego arrojada entre la vergüenza y el desprecio..., ¿lo oyes? ¡No quiero, no quiero! ¡Quiero marcharme en seguida, en seguida!, ¿lo oyes, Oscar? Hemos de marcharnos de aquí irremisiblemente... Busca un pretexto cualquiera, ¡pero partamos, vayámonos!

– Cecilia, ¿estás loca?, gritó Wildenrod cogiéndola violentamente por el brazo como si quisiera realmente impedir su fuga. ¿Partir? ¿Para ir adónde? ¿Crees que podremos reanudar nuestra pasada existencia? ¡Imposible! Yo no puedo ya seguir adelante; todos mis recursos están agotados.

– Tus recursos me inspiran horror. ¡Por Dios, partamos, Oscar!.. Cuando estaremos lejos de aquí, trabajaré.

– ¡Trabajarás!, dijo el barón sonriéndose irónicamente. ¡Con esas manos! ¿Y qué harás? ¿Sabes lo que significa ganarse el pan de cada día? Es preciso estar acostumbrado á ello... Hermana mía, la gente como nosotros se muere de hambre.

– No me importa..., antes morir de hambre que permanecer aquí... Ahora que me han abierto los ojos, no puedo estar aquí ni una hora más siquiera. No puedo vivir entre personas á quien engañamos sabiendo que las engañamos: es inútil que trates de contenerme..., si lo intentas, voy á buscar inmediatamente á Enrique y á decirle que no le amo, que nunca le he amado, que nuestra boda es obra tuya para salvarme y salvarte á ti mismo de la miseria, de la vergüenza.

Oscar palideció. Cecilia estaba transformada; resistía sus órdenes y no temía sus amenazas; era, pues, preciso apelar á un último recurso.

– Hazlo, dijo fríamente; ve, cuéntaselo todo; arruínate y arruina á tu hermano; sí, á mi también, porque se trata también para mí de una cuestión de vida ó muerte: hace una hora me he prometido con Maya.

– ¿Con quién?, exclamó Cecilia mirándole como si no le hubiera entendido.

– Con Maya, que me ama, faltando sólo el consentimiento de Dernburg. Si deshaces tu boda con Enrique, ó descubres la verdad de los hechos..., Odensberg resulta también perdido para mí, y en tal caso... seguiré el ejemplo de nuestro padre.

– ¡Oscar!, gritó Cecilia horrorizada.

– Lo haré, te lo juro. ¿Crees, acaso, que me ha sido fácil llevar la vida de los aventureros, á mí, á un Wildenrod? ¿Sabes lo que he sufrido antes de acostumbrarme á ella? ¡Cuántas veces he querido rehabilitarme! ¡Siempre en vano! Pero ahora se me ofrece la redención, la salvación, por mano de un ángel..., pues Maya es un ángel; vuelve, pues, á brillar mi estrella que durante tantos años se había apagado y que ahora pone á Maya en mi camino... Y cuando estoy cerca de la felicidad, con la que tanto he soñado, que he deseado tanto, ¿habré de dejarla escapar y caer de nuevo en el abismo? ¡Imposible! ¡Antes morir!

Aquellas palabras no eran vanas amenazas, sino que expresaban una resolución firme, profunda: nadie habría podido dudar de ello, pero menos que nadie la joven pálida que temblando y tendiendo las manos murmuró dejándose caer con los ojos cerrados en la butaca:

– ¡Eso no!

Cecilia no cayó desmayada: ciertas naturalezas sufren los dolores más agudos sin perder el conocimiento. Quedó hundida en el sillón, agitada por un fuerte temblor que le hacía dar diente con diente y la sacudía de pies á cabeza. Wildenrod la contempló un rato en silencio; después, viendo que su palidez aumentaba, fué á su cuarto, cogió un frasco de amoníaco y volviendo al lado de su hermana se lo hizo oler.

– No, gracias, murmuró Cecilia apartando el frasco con la mano.

– No te desconsueles de este modo, Cecilia, dijo Oscar con su acento más dulce é inclinándose sobre ella. ¿Te pido, acaso, una cosa tan terrible? No has de hacer sino callar y olvidar esa hora maldita. He querido salvarte de la existencia á que me habría visto obligado á condenarte, y ahora me salvo contigo: el pasado ha muerto y puedo comenzar una nueva vida. Odensberg me brinda un campo de trabajo vastísimo y Dernburg tendrá en mí lo que jamás podrá ser su hijo; tú serás la esposa adorada de Enrique, el cual sólo pensará en hacerte dichosa, y no más que con querer serlo, lo serás en absoluto.

Cecilia le miró con expresión de dolor y de sufrimiento tan profundos, que Oscar no pudo sostener su mirada y se levantó.

– Pero ¿cómo podré soportar el cariño de Enrique, ahora que sé la verdad?, dijo Cecilia juntando las manos en ademán desesperado. Y si encuentro á Runeck, habré de leer en sus ojos el mismo desprecio mortal de esta mañana sin poder rebelarme... Dios mío, ¿cómo podré tolerar el desprecio de Runeck?

Wildenrod se sorprendió de aquel grito desesperado.

– ¿Tanto miedo te inspira su desprecio?, preguntó. Está tranquila; después de vuestra conversación, Runeck no tratará de volver á verte y no vendrá más á participar de la intimidad de la familia. Lo demás corre de mi cuenta; ten calma y no hables, ¿me lo prometes?

– Sí, murmuró apenas Cecilia.

Oscar se inclinó y le besó en la frente, diciéndole:

– Gracias, y ahora te dejo sola porque veo que realmente tienes gran necesidad de descanso y aun sería conveniente que te acostaras.

Pero antes de salir se detuvo en la puerta y volvió á mirar fijamente á su hermana con extraña expresión.

– Egberto Runeck es nuestro enemigo, nuestro enemigo mortal, contra quien he de combatir puñal en mano; acuérdate de esto.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Cecilia, sola, de pie en medio del cuarto, volvía á temblar y los dientes le castañateaban como si tuviese calentura..., miraba en torno suyo asustada, sin saber en dónde apoyarse...; el mundo brillante de alegría y de placeres, único que hasta entonces había conocido, yacía á sus pies convertido en un montón de ruinas..., la roca se había hendido..., pero ¿qué había en aquel abismo?

XII

Habían transcurrido algunas semanas y el verano reinaba en todo su esplendor cuando en Odensberg se activaban los preparativos para las bodas del joven Dernburg, que debían verificarse á fines de agosto. Se había determinado que el día del casamiento habría gran fiesta, terminada la cual los novios partirían para el Sur de Europa; en aquella fiesta habían de tomar parte todos cuantos tenían relaciones con la familia, y de ella debían participar hasta los obreros y mineros de Odensberg. El director había tomado á su cargo la dirección de los preparativos y organizaba una serie de diversiones que habían de hacer inolvidable, entre aquellas tranquilas montañas, el gran acontecimiento.

A pesar de estos preparativos de fiesta, una nube de tristeza, de preocupación, pesaba sobre toda la familia Dernburg: el padre estaba de malísimo humor, irritado; se acercaban las elecciones, y aunque no quisiera demostrarlo, no podía menos de comprender que las insinuaciones, las agitaciones del partido socialista, habían conseguido no sólo penetrar en su Odensberg, hasta entonces exclusivamente suyo, sino además dejar allí su influencia malsana, sin que él pudiera oponerse á ello.

La salud de Enrique le preocupaba también muchísimo: el joven estaba siempre delicado y necesitaba cuidados continuos; al pobre padre habíale costado gran trabajo persuadirse de ello; pero ahora, con gran dolor suyo, veíase obligado á renunciar á la esperanza de ver algún día á su hijo seguir sus pasos en la senda de trabajo, de actividad... El único objetivo de Enrique había de ser estudiar la manera de conservar su existencia, no emplear esta existencia en su propio bien y en el bien ajeno, como había soñado el anciano...

Y por añadidura, precisamente en aquellos momentos de tristeza le habían sido confesados los amores de Wildenrod y Maya para llenarle de estupor, de irritación.

El mismo día de su amorosa conversación con Maya, el barón había ido á hablar con el Sr. Dernburg, pero había encontrado en éste una oposición más resuelta de lo que podía haberse figurado. Las primeras impresiones del Sr. Dernburg respecto de Wildenrod habíanse ciertamente modificado de pronto, sintiendo ahora hacia él una profunda simpatía; pero entre esto y darle á Maya por esposa, mediaba un abismo. ¡Dar su hijita de diez y seis años á un hombre que por su edad podía serle padre! La sola idea de tal enlace le parecía inadmisible, como le parecía inexplicable que Maya correspondiera á esa pasión. Si se hubiese dejado llevar por su propia inclinación, Dernburg habría contestado con una negativa rotunda, inapelable; pero ¿cómo resistir á las súplicas de su hija? La joven supo de tal manera conmoverle, que obtuvo de él una transacción: por ahora era Maya demasiado joven todavía para casarse; no había, pues, que hablar de ello. Dentro de dos años se trataría nuevamente el asunto, y en tanto los enamorados podían esperar.

¡Esperar! ¡Qué palabra tan cruel para el hombre que había de contar los minutos!.. Y sin embargo, no le quedaba más remedio, tanto más cuanto que le habían separado de Maya y él había tenido que someterse. El Sr. Dernburg le había dado á entender de un modo delicado que, dadas aquellas circunstancias, no era conveniente continuar la vida en común; pero Wildenrod no se había dado por entendido. Comprendía que si abandonaba Odensberg perdería la partida, y por consiguiente que era preciso quedarse para ahuyentar el peligro que, después de la amenaza de Runeck, pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles. Además, no era posible dejar sola á Cecilia, que tan gran transformación había experimentado desde aquella mañana fatal; la extraña criatura abandonada á sí misma habría podido olvidar la promesa que él le había arrancado. Wildenrod pensó en todo esto y se quedó; pero Dernburg, con su carácter resuelto, no había perdido tiempo, y con la excusa de que Maya hiciera una visita á unos antiguos amigos la había alejado con ánimo de que no volviera hasta la época fijada para la boda de Enrique.

Egberto Runeck había llegado de Radefeld para dar al Sr. Dernburg su acostumbrado informe semanal. Hacía varias semanas que sólo para esto iba á Odensberg; entraba directamente en el despacho del jefe, y una vez terminada la conferencia, se marchaba en seguida sin tratar de ver á nadie de la familia. Parecía haberse convertido en un extraño. Aquel día, sin embargo, apenas llegó fuése á ver á Enrique, que le recibió sorprendido, dichoso, pero llenándole de reproches.

– ¡Qué extraño que te dejes ver! Creí que habías olvidado mi existencia. ¿Qué tienes que decir de nuestra familia? ¿Qué te hemos hecho? Hace tiempo que huyes de nosotros, ¿por qué? ¿Por qué no vienes, y si vienes es sólo para ver á papá?

– Tengo tanto qué hacer, balbuceó Egberto; las obras...

– Sí, sí; las obras te sirven de pretexto, ¡esta es la verdad! Pero ahora que estás aquí, charlemos un poco. ¡Estoy tan contento de tenerte un rato para mí solo!

Y haciendo sentar á su amigo en el sofá, á su lado, empezó á hablar, á hacerle preguntas y á contarle sus cosas; pero era el único en sostener la conversación, pues Egberto estaba distraído y silencioso, y sólo prestó atención cuando Enrique comenzó á hablar de su matrimonio.

– Nos marcharemos inmediatamente después del banquete, decía sonriendo de felicidad; estaremos algunas semanas en Suiza, y luego nos iremos al Sur, al calor, al sol. No puedes formarte idea del significado de dicha, de bienestar que tienen para mí esas palabras: «¡al Sur!..» Mira, esos montes obscuros, ese cielo tétrico, frío, esa vida tan activa, me matan..., aquí no podría curarme nunca. Hagenbach acaba de verme y me ha dicho que habré de pasar todo el invierno en Italia..., no bastan uno ó dos meses y será preciso que papá se convenza de ello.

– ¿Te sientes peor?, preguntó Egberto examinando atentamente el rostro pálido de su amigo.

– ¡Oh, no es nada! Efecto, como te decía, de este clima que no me sienta bien... Hagenbach ha exagerado: figúrate que me ha prohibido montar á caballo y pasear; no quiere que me canse en manera alguna y pretende finalmente limitar las fiestas del matrimonio porque teme que puedan fatigarme. ¡Exageraciones! No hace más que repetirme: «Evite usted cualquier agitación, Enrique, la emoción más leve, sea de la índole que quiera: el menor cansancio, una simple impresión moral, podrían tener consecuencias desagradables.» ¡Estos son los inconvenientes de ser un personaje importante como yo! Porque soy hijo del amo, se atribuye una importancia exagerada á todo cuanto á mí se refiere, y me fastidia mucho, créelo, verme tratado como un enfermo grave á quien la más pequeña conmoción puede matar.

Enrique se calló; Runeck, con el semblante anublado, le contemplaba pensativo, y cuando aquél cesó de hablar, le dijo con voz agitada:

– ¿El doctor Hagenbach te ha prohibido toda conmoción?.. Tal vez hace bien..., aquel vómito de sangre...

– ¡Pero si fué hace dos años, y tiempo ha que estoy completamente curado!, exclamó Enrique con impaciencia. Pero no es esta la razón; es el aire de Odensberg, créelo, que no me prueba, ni prueba tampoco á Cecilia. Mi Cecilia ha nacido para vivir al sol, en medio de la luz, para el esplendor, para la alegría, y esta atmósfera gris, esta vida pesada, prosaica, laboriosa y severa, me la matan. Y si no, ¿qué se ha hecho de mi Cecilia de hace seis meses, tan alegre, radiante y llena de vida y de gracia adorable hasta en sus caprichos? ¡Si la vieras cómo ha cambiado en estas últimas semanas! No se la ve ni siquiera sonreir; ya no habla, apenas responde, permanece casi siempre en su cuarto, no come y se ha vuelto pálida, demudada, con unos ojos extraños que... á veces hasta llego á figurarme que existe algún otro motivo además del aire, y pienso: ¿estará arrepentida de la palabra que me dió? ¿Querrá volverse atrás?.. ¡Ah, Egberto! Créeme, veo espectros en todas partes y siento siempre una opresión, Dios sabe por qué; y por la noche no puedo dormir, me ahogo.

– Pero Enrique, por caridad, cálmate, dijo Egberto conmovido y procurando tranquilizarle. ¿Esta es la manera de seguir las recomendaciones del médico? Me parece que te exaltas sin motivo.

– ¡No, no!, gritó Enrique con un ímpetu y una pasión nuevos en él. Lo veo, lo presiento, Cecilia me oculta algo... Anteayer ella misma se hizo traición: cuando le hablaba de nuestro viaje á Italia, exclamó: «¡Sí, Enrique, vámonos, vamos donde quieras, con tal de que salgamos de aquí! ¡No puedo resistir más!» ¿No puede resistir más? ¿Y qué es lo que no puede resistir? No ha querido decírmelo, pero aquel era un grito desesperado. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Me siento morir, me vuelvo loco!

En su exaltación Enrique se había levantado; también se había levantado Egberto, retirándose al rincón más obscuro de la estancia, lejos del sol que entraba por la ventana.

– ¿De modo que quieres mucho á tu novia?, preguntó desde aquel sitio.

– ¡Que si la quiero!, exclamó Enrique con el rostro inflamado y los ojos centelleantes animados por una ternura ardiente. Si supieras qué es el amor, no me harías esta pregunta. Oye, si Cecilia me hubiese rechazado cuando la solicité, tal vez habría podido soportar el golpe; pero si debiese perderla ahora, me moriría.

Egberto guardaba silencio: de pie, con la cara vuelta hacia la pared, fingía mirar un cuadro; pero en su alma entablábase una lucha fiera, cruel, á juzgar por la expresión de su semblante. De pronto se volvió, acercóse á su amigo, y poniéndole una mano sobre el brazo, dijo con voz firme, pero con labios temblorosos:

– No, no la perderás; vivirás y serás feliz.

– Egberto, hablas como si esto dependiera de ti, como si dispusieras de la vida y de la muerte, dijo Enrique mirándole.

– Pues bien; toma mis palabras como una profecía que se cumplirá. Y ahora, deja que me vaya; he venido á despedirme de ti, porque mis trabajos en Radefeld estarán terminados mucho antes de lo que creía.

– Mejor, así volverás á Odensberg y estaremos siempre juntos hasta el día de mi partida.

– Es difícil; tengo otros proyectos que no me permitirán permanecer en Odensberg, y precisamente necesito hablar hoy de ello á tu padre.

– ¡Tienes un carácter envidiable!, exclamó Enrique suspirando. Siempre avanzas, siempre te elevas, sin descansar, sin pararte. Apenas terminada una obra, empiezas otra y preparas una tercera... ¿Qué planes tienes?

– Te lo dirá tu padre; ahora no estás en disposición de saberlo. Conque ¡adiós, Enrique!

Y conteniendo á duras penas la emoción que le embargaba, le tendió la mano, que Enrique estrechó.

– No es un adiós definitivo, ¿verdad? ¿Por ahora vuelves á Radefeld?

– Sí, pero probablemente saldré de allí dentro de pocos días, y ¡quién sabe dónde habré sentado mis reales cuando tú vuelvas de Italia!

– ¿Pero vendrás á la boda?

– Si puedo...

– ¿Cómo, si puedes? ¡Has de poder! Si no me lo prometes, no te dejo partir. No puedo prescindir de ti aquel día, y por consiguiente has de venir, cueste lo que cueste; sobre esto no admito ni la sombra de una duda. Y ahora vete, si tanta prisa tienes, pero ¡hasta la vista!, ¿lo oyes?

– Sí..., ¡adiós Enrique!

Y estrechándole la mano con fuerza, convulsivamente, salió precipitadamente de la habitación, como si temiera que le detuviesen. Cuando estuvo en el corredor se paró y murmuró, pasándose la mano por la frente:

– Sí..., sería tu muerte...; mas no morirás por culpa mía..., no puedo echar sobre mí esta responsabilidad.

Dernburg, en tanto, sentado como de costumbre en su despacho, escuchaba con aire preocupado el discurso del doctor Hagenbach, que estaba enfrente de él.

También se encontraba allí Oscar de Wildenrod, quien escuchaba con atención vivísima, aunque sin tomar parte en la conversación, y permanecía con los brazos cruzados, apoyado en la ventana.

– No se preocupe usted más de lo justo, decía el doctor, que, á pesar de esta recomendación, tenía una expresión poco tranquilizadora. Enrique sufre todavía las consecuencias de nuestra primavera tan cruda. Debiera haberse quedado algún tiempo más en el Mediodía y no someterse á un cambio tan brusco. Ahora, que se vaya á Italia á pasar todo el invierno; acabo de hablar precisamente de esto con él. Enrique quisiera ir á Roma para dar gusto á su esposa; pero yo aconsejaría más bien Sorrento, ó si prefiere una ciudad grande, Palermo.

Al oir esto, anublóse aún más el rostro de Dernburg, quien exclamó impaciente:

– ¿Tan necesario cree usted, doctor, que Enrique permanezca todo el invierno en el extranjero? Había acariciado la esperanza de tenerle aquí con su esposa siquiera por Navidad.

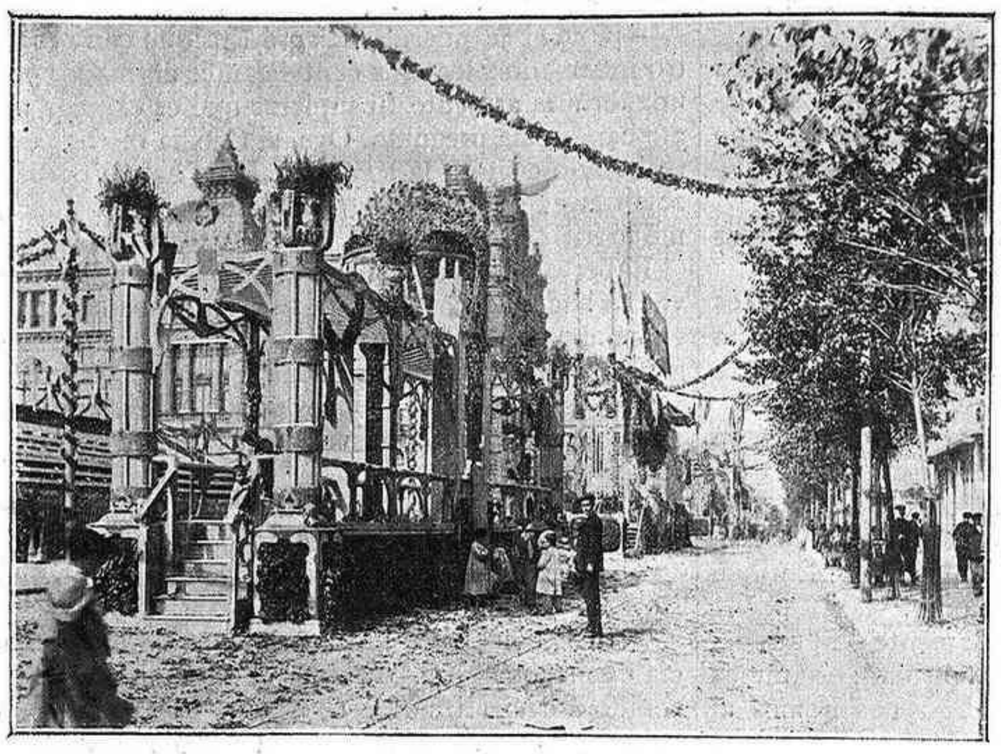
– No, Sr. Dernburg, respondió el doctor con voz vibrante, pues esto equivaldría á perder todo lo ganado durante el pasado invierno.

(Continuará.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á BILBAO

El día 4 del corriente y á bordo del acorazado *Pelayo* salió D. Alfonso XIII de San Sebastián, acompañado de su augusta madre y de su hermana la princesa de Asturias, llegando á media tarde del mismo día á Bilbao. Daban escolta al buque que conducía al rey los cañoneros *Temerario* y *Doña María de Molina*. La bahía del Abra, surcada por centenares de embarcaciones engalanadas, presentaba un soberbio golpe de vista.



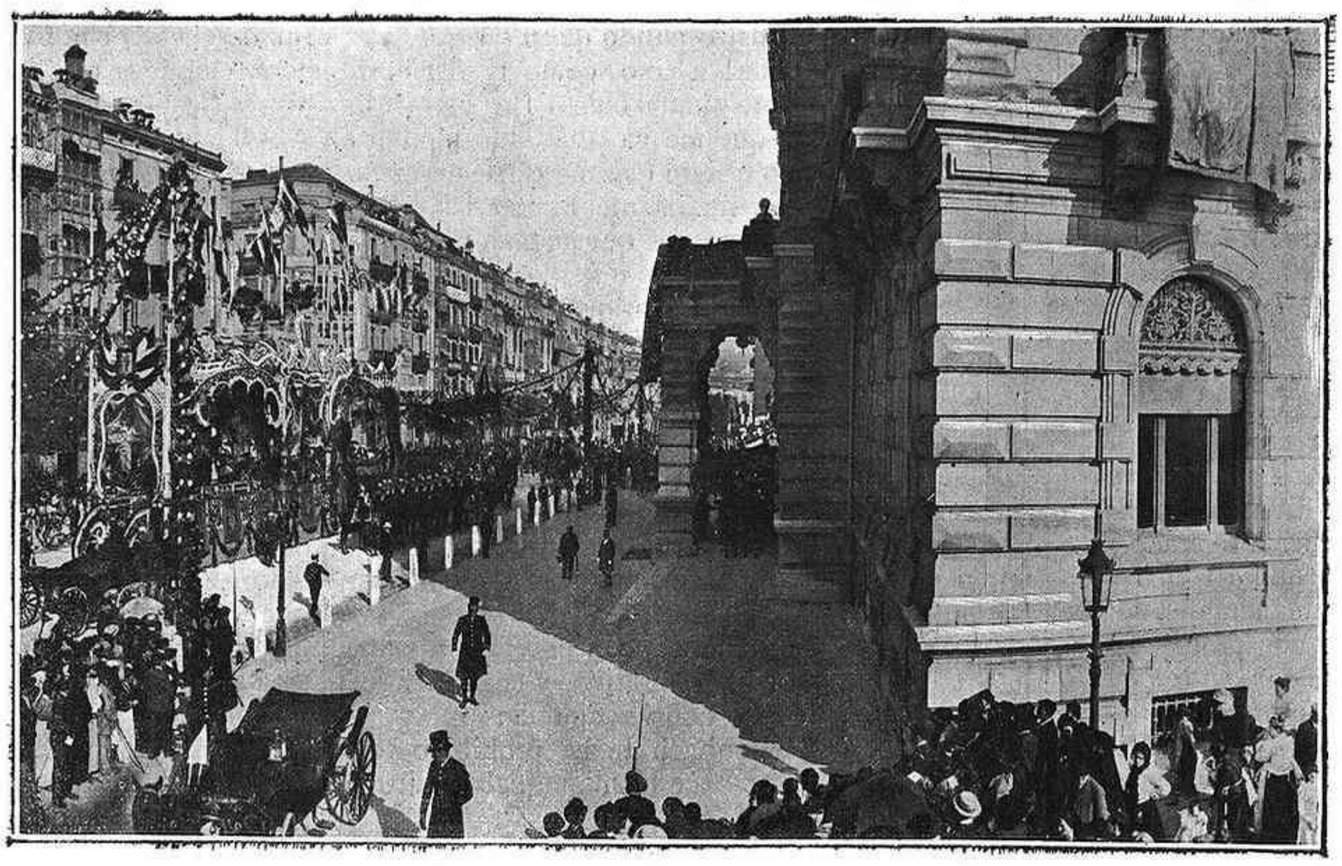
BILBAO. – Tribuna del Club Náutico (de fotografía de M. Marcoartú)

BILBAO. – Tribuna de la Sociedad Bilbaína (de fotografía de M. Marcoartú)

A las seis desembarcó la familia real, dirigiéndose á la iglesia de Santiago, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, terminado el cual celebróse en el Ayuntamiento una brillante recepción. Después de ésta las reales personas asistieron á la fiesta éuskara, que se verificó en el frontón Euskalduna y que resultó muy lucida.

Por la noche hubo grandes iluminaciones en la ciudad, cuyas calles ostentaban magníficos arcos y en cuyas casas lucían ricos y artísticos adornos, en las orillas de la ría y en los pueblecillos inmediatos. También estaban profusamente iluminadas las embarcaciones surtas en la ría.

El día 5 desembarcó el rey en Luchana, subiendo inmediatamente al tren real que debía conducirle á las minas de la Orconera y que marchó por la vía central escoltado por cuatro locomotoras vistosamente engalanadas que marchaban por las dos vías laterales. En la estación de la Orconera, la Compañía explotadora de las minas había dispuesto un túnel de ramaje y flores construído sobre seis locomotoras que recibieron al tren real en el centro, marchando aquéllas luego paralelamente á éste y formando sobre el mismo un dosel. El espectáculo resultó original y fantástico.



BILBAO. – Llegada de SS. MM. al palacio de la Diputación Provincial (de fotografía de M. Marcoartú)

Al llegar á las minas Conchas, donde se verifican los trabajos de explotación, se dispararon más de seiscientos barrenos que derrumbaron inmensas masas de mineral.

En el almacén de la Compañía celebróse un espléndido banquete, después del cual los expedicionarios se dirigieron á Gallarta y desde allí regresaron en coches á Ortuella y en ferrocarril al Desierto con objeto de visitar la fábrica de Altos Hornos.

El rey visitó detenidamente todas las dependencias de la fábrica, que estaba engalanada con mucho gusto, y presenció diversas operaciones, entre ellas la sangría de los hornos para la formación del lingote, la laminación y otras. Terminada la visita á los talleres se sirvió un *lunch*. A las cinco de la tarde embarcóse D. Alfonso en el *Vasco Núñez de Balboa*, con el ministro de Marina y las personas de su comitiva para regresar al *Pelayo*.

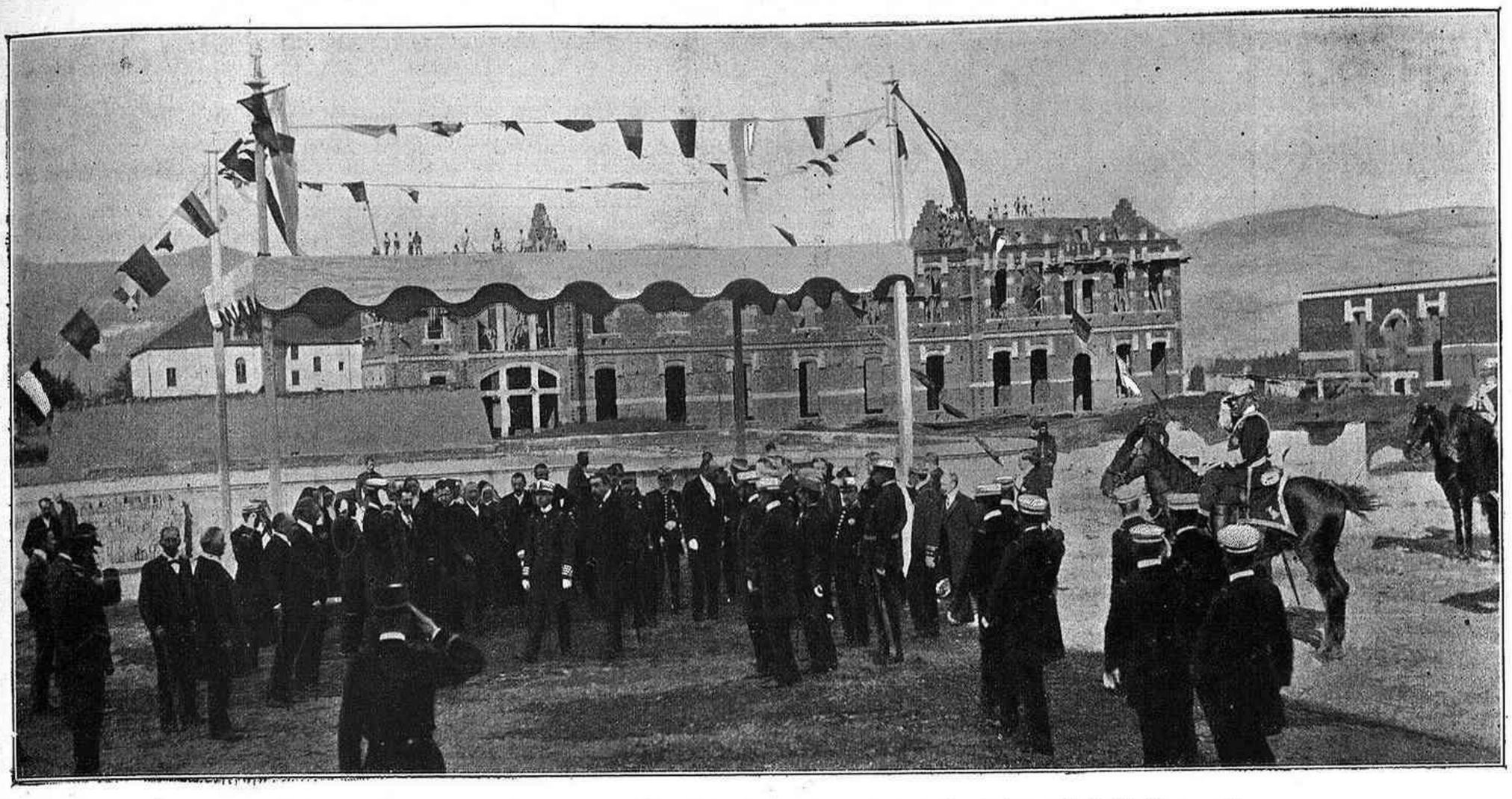
El día 6 por la tarde desembarcó la familia real y visitó el nuevo Hospital civil que se construye en los terrenos de Basurto, y la Escuela de Ingenieros industriales, que recorrió detenidamente.

Celebróse después en el palacio de la Diputación provincial la recepción de alcaldes, que estuvo concurridísima, y terminada la cual las reales personas se dirigieron á la Gran Vía para presenciar la batalla de flores. Presentaba aquella hermosa calle un aspecto deslumbrador; todas las tribunas, entre las cuales llamaban la atención especialmente las del Club Náutico, de la sociedad El Sitio y las cinco de la Diputación, estaban deco-

BILBAO. – Plaza Circular. – Arco de la estatua de D. Diego López de Haro (de fotografía de M. Marcoartú)

BILBAO. – La Gran Vía durante la batalla de flores (de fotografía de M. Marcoartú)

(c) Ministerio de Cultura 2006



BILBAO. – VISITA DE S. M. AL NUEVO HOSPITAL CIVIL, EN CONSTRUCCIÓN (de fotografía de M. Marcoartú)

radas con mucho lujo y exquisito arte; la de la familia real, engalanada con banderas y guirnaldas y cubierta por rico dosel, era una preciosidad.

El día 7 por la mañana visitó el rey el acorazado francés *Dupuy de Lome* y por la tarde colocó el último bloque del puerto exterior. Este acto, al que además de D. Alfonso XIII asistieron la reina madre y la princesa de Asturias, fué presenciado por millares de personas y resultó en extremo grandioso, pues en el momento de descender el bloque, todos los buques surtos en la bahía hicieron sonar sus sirenas, los cañones del *Pelayo* dispararon salvas, lanzáronse desde tierra y en el mar millares de cohetes y la multitud prorrumpió en gritos de entusiasmo.

El puerto de Bilbao es una obra magna por varios conceptos, por su coste, por la aplicación exacta de los maravillosos recursos de la ingeniería y por las inmensas dificultades de su ejecución, vencidas á fuerza de inteligencia, de resolución y de constancia. En nuestro próximo número nos ocuparemos más detenidamente de él y reproduciremos dos vistas del mismo.

Digna coronación de los festejos organizados por Bilbao en honor de sus regios huéspedes fué el simulacro del regreso de los barcos balleneros, que se verificó en la noche del día 7 y que los reyes presenciaron desde el *Pelayo*. De la dársena de Axpe salió la galera del *Consulado*, que tripulaban 40 remeros y en la que iban el prior, doce cónsules, dos secretarios, cuatro pajes, cuatro heraldos, cuatro trompeteros, dos capitanes, seis artilleros y varios marineros y soldados; seguían luego la barca indoasiática, decorada á estilo oriental, varios barcos pequeños, dos embarcaciones romanas y un enorme dragón de 50 metros de largo puesto sobre varias traineras y botes, y cerraba la comitiva una colosal concha arrastrada por cuatro enormes caballos marinos, sobre la cual alzábase una matrona de grandes proporciones que figuraba «Bilbao en la paz.» Esta mascarada se unió en la boca de la ría con otra compuesta de balleneras, y después de saludarse con grandes salvas, colocáronse en los costados del *Pelayo*. Cuatro marineros transportaron una lengua de ballena que, según la tradición, solían entregar para contribuir con su producto á las cargas del puerto, y el prior del *Consulado* saludó á los recién llegados, invitándoles á beber en una ánfora de oro, mientras los orfeones cantaron coros alusivos. Acabada la ceremonia, se encaminaron las dos escuadrillas á la dársena de Axpe, en donde anclaron, con lo que terminó aquella original fiesta marítima.

El día 8 por la mañana salieron los reyes de Bilbao, y llegaron á San Sebastián á las cinco de la tarde.

El recibimiento dispensado por los bilbaínos á las reales personas ha sido tan cariñoso como entusiasta. – X.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
Premio de 16.600 francos
Siete Medallas de ORO
EL MISMO
FERRUGINOSO
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Paris, 20 et 22, rue Drouot
Y FARMACIAS.
EL MISMO
FOSFATADO
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destroye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

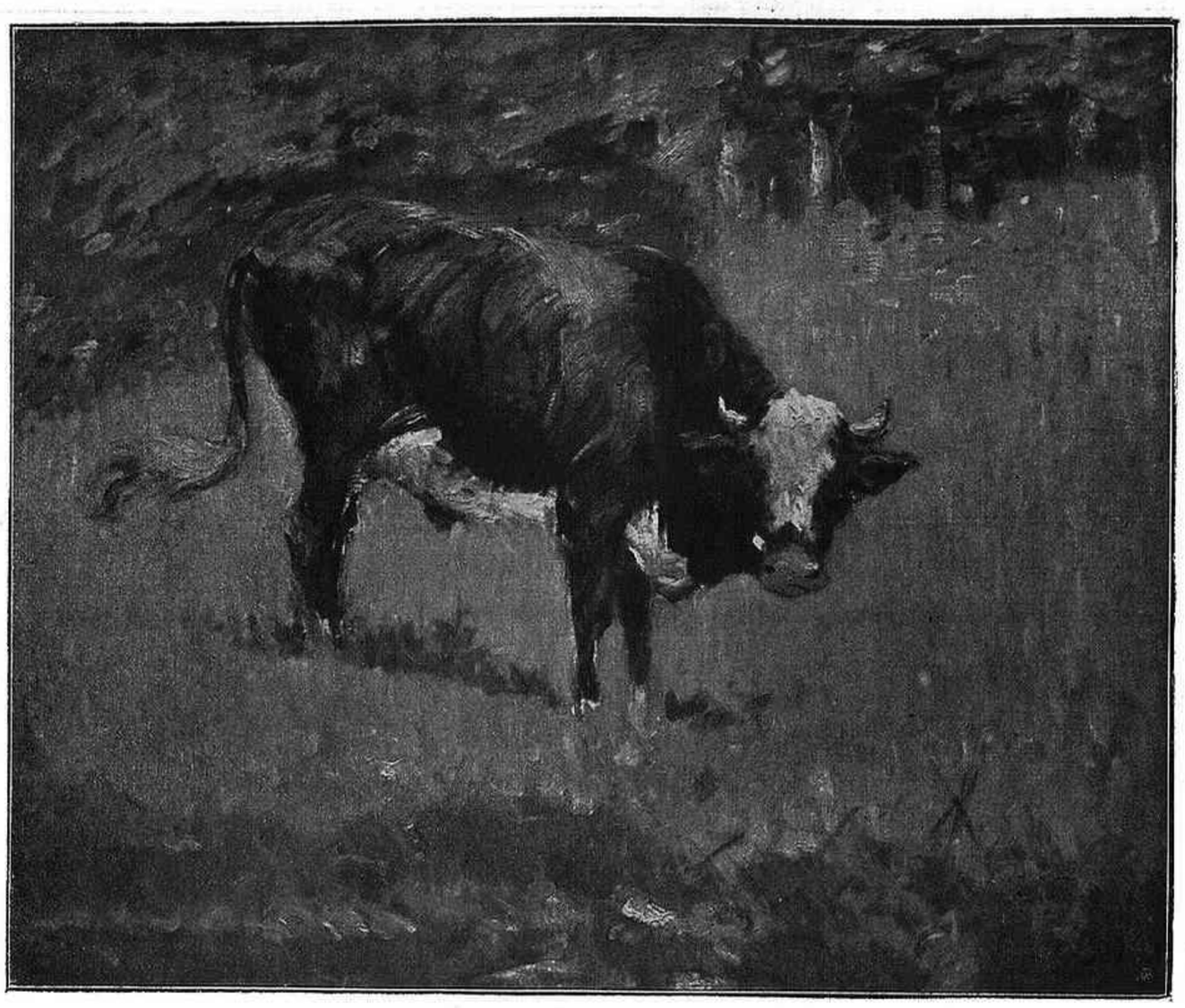
(c) Ministerio de Cultura 2006

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

GEOMETRÍA ELEMENTAL Y SUPERIOR CON EJERCICIOS DE CÁLCULO Y DE DIBUJO LINEAL, por *Miguel Arriaga*. — Hállase dividida esta utilísima é interesante obra en cinco partes, á saber: 1.ª Elementos de los cuerpos; 2.ª Nomenclatura y clasificación; 3.ª Problemas gráficos; 4.ª Propiedades y problemas numéricos; 5.ª Geometría descriptiva. Por esta simple enunciación se ve el método acertado que el autor ha seguido para que el alumno pueda adquirir gradualmente desde las nociones más elementales hasta los conocimientos más difíciles, llegando al final de sus estudios á dominar los problemas que con la ciencia geométrica se relacionan. Las definiciones del libro son claras, el sistema en él seguido es sumamente práctico y la profusión de grabados que lo ilustran permite hacer el estudio ó consulta sin pérdida de tiempo y con gran comodidad. Por todas estas cualidades merece incondicionales elogios la obra del profesor mejicano D. Miguel Arriaga; merécelos también el editor del libro, nuestro inteligente corresponsal en México D. Ramón de S. N. Araluce. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Pedro Ortega.



Un toro, cuadro de Eduardo Manet

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustrada; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, mensual; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, tres veces al mes (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *Revista del Centro de Lectura*, quincenal (Reus); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, semanal; *La patria de Cervantes*, revista mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y de Farmacéuticos de Castellón*, quincenal; *La Frontera*, semanario (Irún); *El Heraldo*, semanario (Linares); *Archives de Medicine et de Chirurgie specialles*, revista mensual (París); *Brisas Andinas* (Oruro, Bolivia); *Pluma y Lápiz*, semanario ilustrado (Santiago de Chile); *Revista de la Sociedad Jurídico-literaria*, mensual (Quito, Ecuador).

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁱⁿ BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
73, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DE LABARRE

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie B^d St-Denis, 16

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Drs JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA · RACHITIS · ANEMIA · CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(c) Ministerio de Cultura 2006